

4536

N.º 149. (19 oct. 97.)

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

JUAN DIENTE,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.



IMPRESO EN MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1857.

L47 - 5076

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.

PROVINCIAS.

| | | | |
|-----------------|---------------------|-------------------|--------------------|
| Albacete. | Perez. | Motril. | Ballesteros. |
| Alcoy. | V. de Marti é hijos | Manzanares. | Acebedo. |
| Algeciras. | Almenara. | Mondoñedo. | Delgado. |
| Alicante. | Ibarra. | Orense. | Robles. |
| Almeria. | Alvarez. | Oviedo. | Palacio. |
| Aranjuez. | Prado. | Osuna. | Montero. |
| Avila. | Rico. | Palencia. | Gutierrez é hijos |
| Badajoz. | Orduña. | Palma. | Gelabert. |
| Barcelona. | Viuda de Mayol. | Pamplona. | Barrena. |
| Bilbao. | Astuy. | Palma del Rio. | Gamero. |
| Burgos. | Hervias. | Pontevedra. | Cubeiro. |
| Caceres. | Valiente. | Puerto de Santa | |
| Cádiz. | V. de Moraleda. | Maria. | Valderrama. |
| Castrourdiales. | Saenz Falceto. | Puerto-Rico. | Marquez. |
| Córdoba. | Lozano. | Reus. | Prins. |
| Cuenca. | Mariana. | Ronda. | Gutierrez. |
| Castellon. | Gutierrez. | Sanlucar. | Esper. |
| Ciudad-Real. | Arellano. | S. Fernando. | Meneses. |
| Coruña. | Garcia Alvarez. | Sta. Cruz de Te- | |
| Cartagena. | Muñoz Garcia. | nerife. | Ramirez. |
| Chiclana. | Sanchez. | Santander. | Laparte. |
| Ecija. | Garcia. | Santiago. | Escribano. |
| Figueras. | Conte Lacoste. | Soria. | Rioja. |
| Gerona. | Dorca. | Segovia. | Alonso. |
| Gijon. | Sanz Crespo. | S. Sebastian. | Garralda. |
| Granada. | Zamora. | Sevilla. | Alvarez y Comp. |
| Guadalajara. | Oñana. | Salamanca. | Huebra. |
| Habana. | Charlainy Fernz. | Segorbe. | Clavel. |
| Haro. | Quintana. | Tarragona. | Aymat. |
| Huelva. | Osorno. | Toro. | Tejedor. |
| Huesca. | Guillen. | Toledo. | Hernandez. |
| Jaen. | Idalgo. | Teruel. | Castillo. |
| Jerez. | Bueno. | Tuy. | Martz. de la Cruz. |
| Leon. | Viuda de Miñon. | Talavera. | Castro. |
| Lérida. | Zara y Suarez. | Valencia. | Móles. |
| Lugo. | Pujol y Masia. | Valladolid. | Hernainz. |
| Lorca. | Delgado. | Vitoria. | Galindo. |
| Logroño. | Verdejo. | Villanueva y Gel- | |
| Loja. | Canó. | trá. | Magin Beltran y |
| Málaga. | Cañavatte. | Ubeda. | compañia. |
| Mataró. | Abadal. | Zamora. | Treviño. |
| Murcia. | Hermanos de An- | Zaragoza. | Calamita. |
| | drion. | | V. Andrés. |

47-5076

5546 W. 149. (19 oct. 57.)

JUAN DIENTE

DRAMA EN CINCO ACTOS EN VERSO

ORIGINAL

DE DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

Representado con general aplauso por primera vez, en Madrid en el teatro de Lope de Vega la noche del 15 de setiembre del año 1857.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

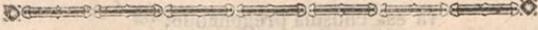
1857.

PERSONAJES.

ACTORES.

| | |
|--------------------------------|---------------------------------|
| DIANA..... | D. ^a MARIA LLORENS. |
| AURORA..... | D. ^a ANTONIA SEGURA. |
| JUAN DIENTE..... | D. JUAN DE ALBA. |
| MOSEN GASTON TRE- | |
| VILL..... | D. FRANCISCO DE P. GOMEZ. |
| FERNANDO (padre de | |
| Diente)..... | D. JOSÉ LOPEZ MEDEL. |
| MAESE BLAS MOTILLA. | D. PEDRO MOLINÉ. |
| HECTOR | D. RAFAEL POPEZ. |
| RUTT..... | D. AGUSTIN MÓSTOLES. |
| SIR ROLANDO..... | D. JOSÉ GOMEZ. |
| EL SEÑOR DE TOVAR.. | D. FRANCISCO LOPEZ. |
| AMBROSIO..... | D. EDUARDO MARTINEZ. |
| Caballeros , pajes , soldados. | |

La acción pasa el acto primero en Sierra-morena, año de 1366. El segundo, tercero y cuarto en varios departamentos del palacio de Lucena. El quinto en el mismo lugar que el primero.



ACTO PRIMERO.

Valle con elevados montes al fondo. En el centro del teatro una encina corpulenta, á cuya márgen habrá una peña en forma de banco. A la izquierda en primer término, una cabaña. A la derecha, una cruz grande de madera, con pedestal de piedra, varios peñascos formando una grada. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El teatro permanece un momento solo, luego aparece AMBROSIO en lo alto del monte que cierra el fondo. Al mismo tiempo se oyen voces de ¡Centinela alerta! que seguirán hasta perderse los ecos en lontananza.

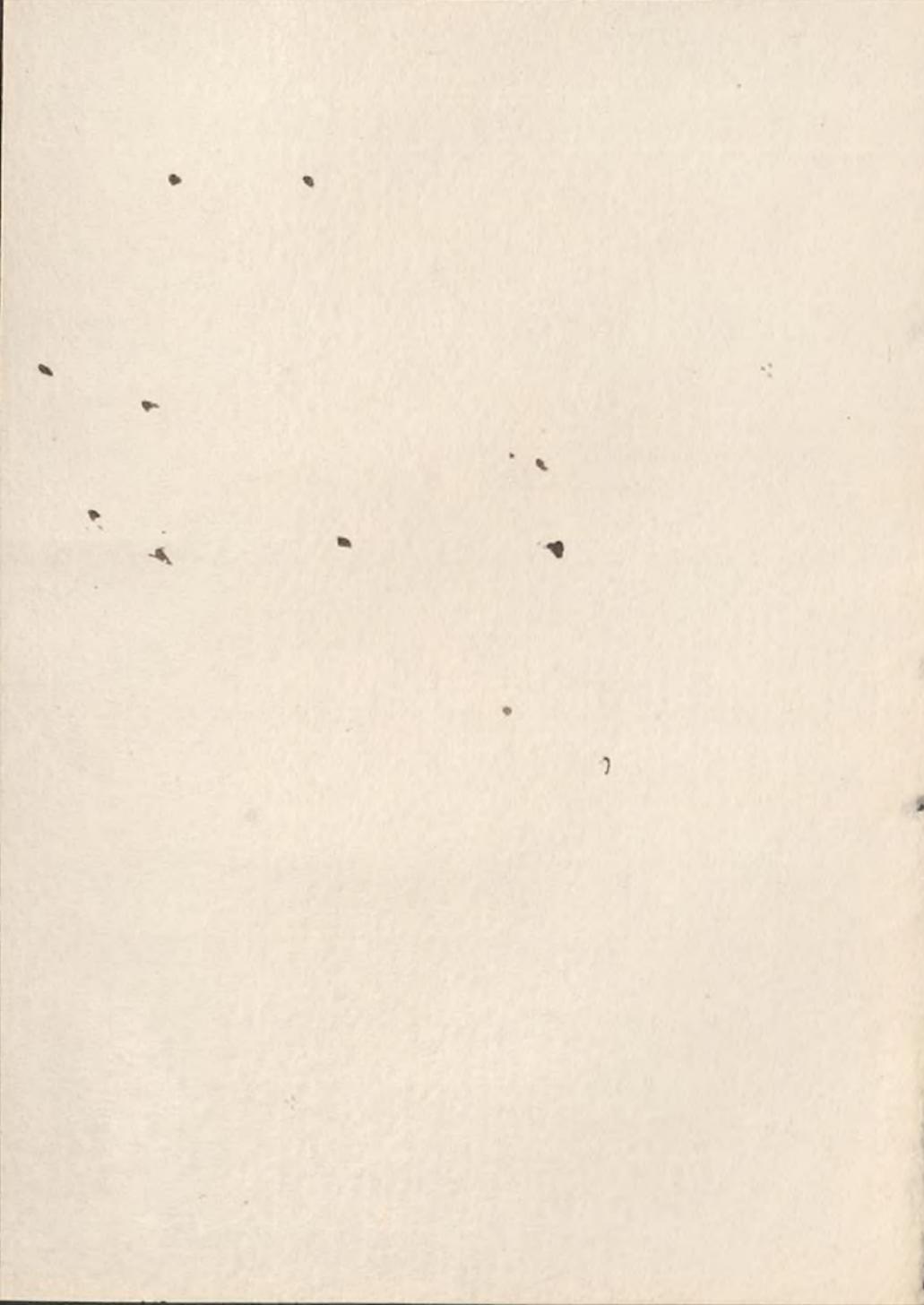
Pausa.

AMB. *(Bajando á la escena.)*
¡Hola! en el bosque vecino
está el francés acampado;
¡pobre mies! ¡pobre ganado!
sobre todo, ¡pobre vino!
Maldita sea la guerra
y el que á esa gente nos trajo,
que vuelven de arriba á bajo
las cosas de nuestra tierra.
Solo el pillaje y el robo

Pérez Goch (D. Enrique)
Juan Diez de Luna en
5 actos en verso.

Madrid: José Rodríguez
1859.

8^o millo, s.



va esa chusma pregonando;
bueno es que sepa Fernando,
que no está lejos el lobo.

¡Ah de casa!

(*Llamando en la puerta de la choza.*)

FERN. (Desde dentro.) ¿Quién vá?

AMB. Yo.

ESCENA II.

AMBROSIO, FERNANDO.

FERN. ¿Tú en mi cabaña á estas horas?

AMB. Tenemos cerca á los cuervos.

FERN. ¿En dónde?

AMB. En la selva próxima.

FERN. ¿Tú los viste?

AMB. Los oí
graznar, y desde esa loma
se distinguen sus hogueras.

FERN. Dios nos proteja.

AMB. El te oiga.

FERN. Escucha. Ambrosio, ¿tú sabes
quién acaudilla las tropas
que se acampan en la selva
vecina?

AMB. El diablo en persona;
líbreme Dios de topa
si la vida nos importa
con ese hombre; pues se cuenta
de él muy sangrientas historias.

FERN. ¿Tú le conoces?

AMB. Le ví
por desgracia en Calahorra:
es un hombre de cuarenta
años, de mirada torva,
cabellos canos, moreno,
frente ancha, risa burlona,
largo bigote, su traje
de soldado, ruda cota,
coraza de piel de toro,
que espaldar y peto adornan

- anchas estrellas de hierro
de los venablos se tronchan.
- FERN. ¿Sabes su nombre?
AMB. Le llaman
Mosen Gaston, mas le apodan
sus soldados con el nombre
de el huracan, porque arrolla,
incendia, tala y saquea
todo lo que al paso topa.
- FERN. ¿Sabes algo de don Pedro?
AMB. Con muy reducida escolta
á Portugal se encamina.
- FERN. ¿Y el Bastardo?
AMB. En Calahorra
es aclamado por rey.
- FERN. ¿Conque todos le abandonan?
AMB. Todos, si, menos tu hijo.
- FERN. ¿Qué dicen de Diente en Córdoba?
AMB. Que huyó con don Pedro.
- FERN. ¡Ay de él
si á su señor abandona!
Ambrosio, por si al francés,
visitarnos se le antoja,
bueno es poner á recaudo
las miserias de mi choza.
- AMB. Entremos...
FERN. Luego á dormir.
AMB. Vamos, y Dios nos acoja.
- (Entran en la choza de la izquierda. Pausa.
Luego salen por la derecha del foro HECTOR
y DIANA, esta va disfrazada de pastor y cubre
su cabeza la capucha de un tabardo de
paño burdo.)*

ESCENA III

DIANA, HECTOR.

- DIANA. Estás seguro...
HECT. Sí, él es.
DIANA. Te vieron.
HECT. Trás de unas rocas

- pude sin riesgo espiarle.
- DIANA. Ya sabes, ¿que mucho importa saber á dó van sus tercios?
- HECT. A Lucena, el rey le nombra gobernador.
- DIANA. ¿Y á dó pasan la noche?
- HECT. En la selva próxima.
¿Cuál es tu intento?
- DIANA. Esperar aquí á la aurora.
- HECT. Pasar la noche es mejor en alguna de esas chozas.
Eres débil, y...
- DIANA. El cariño te engaña, fuerzas me sobran.
(Diana se sienta junto á la cruz. Hector la contempla con cariño. Pausa.)
- HECT. Diana, la primera luz, que bañó tu frente hermosa, te sorprendió en mis rodillas, y mi corazón te adora como si fueras un trozo de mis entrañas. Perdona mi rudeza, soy soldado y te amo mas que á mi honra mas que á las nobles heridas que encubre mi ruda cota. Por eso al ver que un infame te desprecia! te abandona... ¡viejo soy! mas vive cristo, dime una palabra sola, y á tus plantas como á un perro le mato...
- DIANA. Mi raza toda víctima de su codicia pereció. Sangre bretona guardo en mis venas; vengarme á mi tan solo me toca.
- HECT. El es tu esposo, y me temo que aun tu corazón le adora.
- DIANA. Sí, le amé un día, pero hoy en odio el amor se torna;

mis soldados, mis castillos
le entregué, mi herencia toda,
y en recompensa el villano
al verme angustiada y sola,
me dijo: tú la heredera
eres, que vivas me importa;
tu amor me cansa, esta torre
es tu cárcel, sufre y llora.
Cuatro años día tras día
en soledad angustiada
vi pasar, tú me salvaste,
libre soy, desde su fosa
venganza los míos piden.
Desde hoy he de ser su sombra,
me verá por donde vaya;
hasta en su última hora
me ha de ver.

НЕСТ. Si te abandona
el valor, tuyo es mi brazo;
manda, mi daga está pronta.

ESCENA IV.

DICHOS, AMBROSIO, *que sale de la choza de la izquierda.*

АМБ. Ahora, á dormir, y si vienen
al valle, Dios nos socorra

НЕСТ. ¿Quién vá?

АМБ. *(Aparte)* Ellos son, ¿qué haré?
(Andando de prisa.)

НЕСТ. Acorte el paso y responda.

АМБ. *(Aparte.)* ¿Qué le digo?

НЕСТ. ¿Quién es?

АМБ. Soy...
un cabrero.

НЕСТ. ¿Y á dónde ahora
se encamina?

АМБ. A mi cabaña.

НЕСТ. ¿En dónde está?

АМБ. En esas rocas.

НЕСТ. ¿Vivis solo?

АМБ. Con mis cabras.

HECT. ¿De dónde venis?
AMB. De Córdoba.
HECT. ¿A qué has ido allí?
AMB. A vender
unas pieles.
HECT Mucho importa
digas la verdad.
AMB. La dije.
HECT. ¿Quiéres ganarte una dobla?
AMB. ¿Y qué he de hacer?
HECT. Ser mi guía
y darme abrigo en tu choza.
AMB. Seguidme.
HECT. Vamos, Diana.
DIANA. ¿A dónde?
HECT. A esperar la aurora.

(Vánse los tres por la derecha. Pausa. Luego salen por el foro Aurora, vestida de aldeana, Juan Diente la lleva del brazo, en la otra mano trae un cofrecillo pequeño.)

ESCENA V.

AURORA, JUAN DIENTE.

AUR. ¿Falta mucho, Juan?
DIEN. Esa es
vuestra morada.
AUR. ¿Una choza!...
DIEN. Apartad todo recelo;
bajo su mísera bóveda
mi padre será el escudo
que defienda vuestra honra.
Al pié de esta cruz, si os place,
podeis descansar señora.
AUR. Mas que el cansancio del cuerpo
el del ánima me acosa,
pues mirar creí un rebelde
escondido en cada roca.
DIEN. Decis bien: los castellanos
hoy al bastardo coronan!
en tanto que los franceses

como plaga de langostas
á título de aliados
nuestra Castilla destrozan.

AUR. Dios quiera que el rey don Pedro,
haya arribado á la costa
de Portugal.

DIEN. Dios lo quiera,
pues si él reúne una flota
y esta tierra reconquista
que por derecho le toca,
por cada palmo de tierra
que en esta huida afrentosa
pisó don Pedro, un traidor
colgaremos de una horca,

AUR. Siempre sangre, Juan; bastante
se ha derramado.

DIEN. Muy poca:
si hubiera su señoría
vertido por cada gota
una taza...

AUR. ¡Calla! ¡calla!

DIEN. Está bien: cierro la boca.

AUR. Juan, mucho tarda Martin,
y temo...

DIEN. En la selva próxima
ocultando los caballos
quedóse, pues mucho importa
no los descubran.

AUR. ¿Mi padre,
sabe que Martin me escolta?

DIEN. Cuando se embarcó, me dijo:
«Toma este oro y estas joyas
y parte á mata caballos,
Juan, á la ciudad de Córdoba;
sacarás á todo trance
de sus muros á mi Aurora;
dí á tu padre que deseo
que en su cabaña la acoja:
Martin te acompañará,
pues mucho fio en su honra.»

AUR. Conocer quiero á tu padre;
llama, Juan.

- DIEN. Llamo, señora.
¡Ah de la casa! *(A la puerta.)*
FERN. *(Dentro.)* ¿Quién va?
DIEN. ¡Abrid!—Vereis qué alegría... *(A Aurora.)*

ESCENA VI.

DICHOS, FERNANDO. *Juan corre á abrazar á su padre, este le rechaza mostrándose asombrado. Aurora quedará un poco apartada.*

- FERN. ¡Aquí tú!... ¿y su señoría contigo, Diente, no está?...
- DIEN. Apartad, padre, el temor; el rey don Pedro aun alienta, y para vengar su afrenta nos sobra á entrambos valor.
- FERN. Cuando el monarca peligra, el que de leal blasona, va á donde va su persona, jamás de su lado emigra:
(Fernando coge del brazo á Diente y apartándole un poco de Aurora y mirándola, le dice á media voz:)
por seguir á esa mujer...
- DIEN. Mirad...
- FERN. ¡Que calles exijo!
- DIEN. ¡Padre!
- FERN. No quiero por hijo al que falta á su deber.
¿A tí te asustó el clamor de esa canalla sin ley que entró en Castilla, y al rey abandonaste, traidor?
¿O es que huyendo del azar que él juega en el mar bravío, tienes miedo?
- DIEN. ¡Padre mio!
que me enciende vuestro hablar.
Tened la lengua, por Dios, que os escuda solamente el llamarme yo Juan Diente,

y Fernando Diente vos.
—Venir me ordenó: yo vengo
cumpliendo fiel su mandato,
pues su voluntad acato
y á sus órdenes me atengo.

FERN. Ahora te conozco, Juan.

DIEN. ¿Padre, de mí habeis dudado?

FERN. Si mi lengua te ha infamado,
estos brazos te honrarán. (*Abrazándole.*)

DIEN. ¡Padre mio!

AUR. (*Aproximándose.*) Bien, anciano,
para premiar tu lealtad
poco seria en verdad
el valer de un soberano.

—Mi padre á Fernando Diente
recompensará por mí.

FERN. ¿Sois la hija de un rey?

AUR. Si.

DIEN. De don Pedro.

FERN. ¡Dios clemente!

Dejad que mis labios besen
vuestros pies.

AUR. Alza; pues sé
que aunque los brazos te dé,
al dártelos se ennoblecen.

FERN. Señora...

AUR. ¿Qué te detiene?

Ven, abraza á esta proscrita,
que proteccion necesita,
y que á pedírtela viene.

(*Diente se inleprone entre los dos diniendo:*)

DIEN. Padre; mi rey y señor,
en vos los ojos ha puesto,
y este viaje ha dispuesto
confiando en vuestro honor.

FERN. Prosigue.

DIEN. Vos guardareis
aquí á su hija escondida;
si vuestra vida, su vida
puede salvar, la dareis.

FERN. Moriré...

DIEN. Con este oro,

si don Pedro pereciera,
idos á tierra extranjera
y allí vivid con decoro.

FERN.

Cumpliré con lealtad.

(*En este momento aparece Martin Lopez en lo alto del monte, desde cuyo punto llama á Juan.*)

ESCENA VII.

DICHOS, MARTIN LOPEZ.

MART. Juan.

FERN. ¿Quién es?

DIEN.

Un buen amigo,

á quien el venir conmigo

mandó el Rey.—Martin, llegad.

¿Los caballos?

MART.

Impacientes

esperan en la espesura.

FERN. (*A Diente.*) ¿Es leal?

DIEN. (*A Fernando.*) (Del rey hechura.)

FERN. (*Idem.*) ¿Valiente?

DIEN.

(Entre los valientes.)

FERN. (¿Noble?)

DIEN.

(Hijo es de la plebe.)

FERN. (¿Crees que cual caballero
cumplirá?)

DIEN.

(Yo así lo espero,

pues todo al Rey se lo debe.)

(*A Fernando.*) Padre, aquí dentro encierra

cuanto doña Aurora tiene,

y salvarlo nos conviene

del pillaje de la guerra.

Tomadlo, que á vuestro celo

y vuestra honradez lo fio.

(*Entregando el cofrecillo.*)

FERN. Parte tranquilo, hijo mio.

DIEN.

(*A Aurora.*) ¿Señora?

AUR.

Que os guarde el cielo.

DIEN.

Pronto aquí nos tornará
el aura de la victoria.

AUR. Dios os conceda esa gloria.
FERN. ¡Oh! si, la concederá.
DIEN. Dios á buena cuenta toma
lo que pasa aqui en la tierra.
Adios...
AUR. ¿Y os vais?
DIEN. ¡A la guerra!
FERN. Os guiaré hasta esa loma.
(*Fernando sube acompañando á los dos al
monte. Aurora queda de rodillas junto á la
cruz.*)

ESCENA VIII.

AURORA, luego FERNANDO.

AUR. Virgen santa, si tus ojos
vuelves á la tierra impia,
si te duele la agonía
de esta mujer que de hinojos
pone en tí su confianza,
aparta el hierro homicida
del noble autor de mi vida,
dá á este náufrago esperanza.
(*Fernando baja aceleradamente, y dice los
versos siguientes con alguna precipitacion.*)
FERN. ¡Malditos mil veces sean!
AUR. ¿Quién?
FERN. ¡Esos perros soldados
que á título de aliados
nuestros castillos saquean!
AUR. ¿Y qué hacer?
FERN. Serenidad:
á Juan y á Martin ayuda
Dios, y la selva escuda.
Tranquilizaos, y entrad.
(*Entran en la cabaña de la izquierda.*)

ESCENA IX.

MOSEN GASTON, BLAS MOTILLA, SIR ROLANDO, RUTT y
varios soldados aparecen á lo alto del monte.

BLAS. Este es el valle.

GAST. Por cierto

que no comprendo la causa
de habernos hecho subir
á estas rocas escarpadas.

(*Bajan á la escena.*)

ROL. Convenceos, Maese Blas,
que es muy pobre vuestra España.

BLAS. Pero hay en cambio buen vino.

¿No es verdad, Rutt?..

RUTT. Por las tablas
de Moisés, que el evangelio
habeis dicho.

BLAS. Y eso basta
para que se siga á gusto
en Castilla la campaña.

GAST. Francés soy, y á San Luis
solo le pido tres gracias:
que haya adonde yo me encuentre
vino, mozas, cuchilladas.

BLAS. ¿Y el remordimiento?

GAST. ¡Truenos

y rayos! le tengo en Francia.
Cuando algun venablo venga
á darme el golpe de gracia,
si arriba me piden cuenta
de mi vida, y mis hazañas,
les daré: del rey David
seguí la senda trazada:
vino y mujeres gustáronle,
vino y mujeres me agradan.

ROL. Con la única diferencia
que á vos os gustan las armas
y el estruendo del combate,
y á David...

BLAS. Tocar el harpa.

VARIOS. ¡Já, já!

GAST. ¡Voto á cien venablos!
¿A qué viene esa algazara?...
¿Crees que no soy el mismo
porque se pobló de canas
mi frente?... ¡Si hay quien lo dude,
hago arder estas montañas!...
¡Vive Dios!... si se me antoja,
con cien soldados me bastan
para ir á Aviñon, y hacer
proclamar á Rutt por Papa.

VARIOS. ¡Já, já, já!

GAST. Basta; Rolando,
recorre las avanzadas
de la selva.
(*Váse este con algunos por el foro.*)
(*A Rutt.*) Con tu gente,
Rutt, de ese monte en la falda
espera: quiero partir
antes que amanezca el alba.
(*Rutt con el resto de soldados se acampa en
las primeras rocas del fondo.*)

ESCENA X.

GASTON, BLAS, MOTILLA, *al fondo soldados.*

BLAS. Mossen Gaston, un tesoro
valen vuestros camaradas.

GAST. Si tuvieran vuestro ingenio...

BLAS. Mi inteligencia, aunque escasa,
será capitan, si os sirve,
desde hoy vuestra vasalla.

GAST. Maese Blas, la oferta acepto.

BLAS. Señor, me honrais aceptándola:
pero antes una advertencia
os haré, si aceptais...

GAST. Hágala.

BLAS. Cuatro años, señor, mi pluma,
de don Pedro, á sueldo estaba;
cuando vino don Enrique
con las compañías blancas.

Don Pedro, al verle en sus tierras
rugió cual hiena encerrada
en un círculo de fuego,
y empezó á teñir sus garras
con la sangre de los pocos
que quedaron en su alcázar.
La prudencia siempre ha sido
mi norte: dejé al monarca...

GAST.

Proseguid.

BLAS.

Por aquel tiempo
comisiones de importancia
desempeñé, que valieronme
de don Pedro la privanza.

GAST.

Luego vos sabreis...

BLAS.

Señor,

yo, según las circunstancias
sé mucho, mucho, muchísimo,
ó suelo no saber nada.

GAST.

¿Con que según?

BLAS.

Si, según.

GAST.

Tormentos hay que se encargan,
maese Blas, de devolverles
á los mudos la palabra.

BLAS.

Yo creo, mossen Gaston,
que la rueda ó las tenazas
no me harían revelar
mi secreto, y *verbi gracia*,

firmadme este pergamino

y de doblas castellanas

dentro de poco vereis

rebotando vuestras arcas.

GAST.

No comprendo...

BLAS.

En una lista

tengo los nombres de varias

personas, que al rey don Pedro,

en épocas apuradas,

le prestaron sus tesoros.

Tengo á mas la copia exacta

de todos los documentos

con que se unian las dádivas.

Hoy, pues, que toda Castilla,

por rey al segundo aclama,

á vos, que sois tan su amigo,
no podrán negaros nada
si al pedirles sus riquezas,
podeis mostrarles sus cartas.

GAST. Sois perspicaz, y me asombra
vuestra prevencion.

BLAS. No es tanta.

GAST. ¿Creo seremos amigos?

BLAS. ¡Mucho esa amistad me honrará!

GAST. Lea, pues, el buen Motilla,
su tratado de alianza.

BLAS. (*Saca un pergamino y lee.*) «Yo, mossen
Gaston Trevill, capitan de las compañías
blancas, aliadas al muy noble y poderoso se-
ñor don Enrique de Trastamara, rey de Cas-
tilla. Yo, gobernador de Lucena, y señor de
su territorio, nombro á Maese Blas Motilla,
secretario privado de mi persona, y le señalo
veinte escudos de soldada al mes. Además,
agradecido de sus servicios, le cedo el diez
por ciento de todos los tesoros que recaude
en España.»

Con la cruz en la mano y la palabra de
Dios en los labios, juro, en Sierra Morena, á
cuatro dias del mes de junio del año del na-
cimiento de N. S. Jesucristo, de 1366.

GAST. Caros vendeis los servicios.

BLAS. No mucho, por su importancia.

GAST. Secretario, pues, os nombro.

BLAS. Firmad, señor, y mañana
vereis lo que puedo.

GAST. Firmo.

¿mas con qué?

BLAS. (*Presentando un tintero de cuerno.*)

Hé aqui mis armas!

GAST. (*Despues de firmar.*)

¿Si faltais?...

BLAS. Vuestro verdugo
podrá segar mi garganta.

GAST. Pero si cumplo?...

GAST. Corriente,
os pagaré la alcabala.

- Ahora partamos.
- BLAS. Aun no.
A estas rocas solitarias
no os conduje sin objeto.
Esa rústica cabaña (Por la de Fernando.)
guarda á un anciano, que puede
seros muy útil.
- GAST. ¿Se llama?
- BLAS. Fernando Diente.
- GAST. Es el padre
del ballestero de maza
de don Pedro? ¿de ese hombre
que cuando le dice «mata»
su señor, aun á sí mismo
sin compasion se matara?
- BLAS. El mismo.
- GAST. Llamad. (Blas se adelanta.) Deseo
conocerle.
- BLAS. (Llamando á la puerta de la choza.)
¡Ah de la casa!

ESCENA XI.

DICHOS, FERNANDO.

- FERN. ¿Qué mandan sus señorías?
- GAST. Saber en dónde se halla
un verdugo de don Pedro
que goza de su privanza.
- FERN. Señor... no acierto...
- GAST. Su nombre
es Juan Diente.
- FERN. Asi se llama
mi hijo. (Aparte.) (¡Dios no me abandone!)
- GAST. Di pues en donde se halla.
- FERN. Lo ignoro. Pero imagino
que á su señor acompaña.
- GAST. Lengua que tan poco dice
mejor sería cortarla.
- FERN. Cuanto sé os digo: los años,
señor, sin vernos se pasan;
mas si este viejo infeliz

- con la verdad os agravia,
descargad sobre su frente
vuestra cólera. (¡Salvarle, oh,
debo!... ¡El coraje me ahoga!)
- GAST. Motilla, Rut!... la cabaña
registradme.
- FERN. ¡Deteneos!
- GAST. Obedeced.
- FERN. (Aparte.) Si la halla
es perdida. (Alto.) ¡Atrás!
- GAST. Sospecho
que algo en esa choza guardas.
- FERN. ¡No paseis!
- GAST. ¡Fuego del cielo!
entrad: ¡qué aguardais, canallas?
(Los soldados apartan bruscamente á Fer-
nando y entran en la choza.)
- FERN. (¡Pobre Aurora! ¡Maldicion!...
¡y estoy solo!)
(Entra en la choza, Gaston pretende seguir-
le, pero se queda asombrado al llegar á la
puerta y retrocede unos pasos.)
- GAST. ¡Una aldeana!...
(Se queda mirando hácia el interior de la
cabaña cerca del dintel.)

ESCENA XII.

GASTON en la escena, AURORA y FERNANDO dentro.

- GAST. Nunca ví tal hermosura.
- FERN. (Dentro.) ¡Linda hazaña! ¡Atrás, villanos!
- GAST. ¡Arrancarla de sus manos
el viejo lobo procura!
¡Les acorrala! ¡No he visto
valor igual!
- FERN. ¡No, no cejo!
¡Atrás!
- GAST. ¡Y así un débil viejo
os detiene!... ¡Vive Cristo!
¿Vuestros brios para cuándo
guardais?

AUR. (*Dentro.*) ¡Favor!
GAST. Sujetadlo,
y si aun resiste matadlo.
¿Lo oís, Motilla? Os lo mando.
Así: ¡ahora, qué aguardáis?
AUR. (*Dentro.*) ¡Ah!
FERN. (*Id.*) ¡Viles, me habeis herido!
GAST. Por fin me han obedecido.

ESCENA III.

GASTON, AURORA

AUR. Vos, quien quiera que seais,
miradme, señor, de hinojos;
salvadme, por compasion.
GAST. Labradora, el corazon
me has herido con tus ojos.
AUR. ¡Respondeis á mi dolor
con palabras amorosas!...
GAST. Angel mio, é las hermosas
las hablo siempre de amor.
Por eso amante rendido
viéndote soy. ¿Qué te extraña?
AUR. Extranjero, aqui en España
se protege al desvalido.
GAST. ¡Ah! deja espacio á la muerte
si viene por ese anciano.
AUR. En el suelo castellano
obra el noble de otra suerte.
(*Entra en la choza.*)
GAST. ¡Hola! (*A Motilla que sale.*)
Con vuestra cabeza
me respondeis de esa dama.
(*A Aurora.*) Mas de amor mi pecho inflama
cuanta mas es tu esquivéza.
¡Motilla!

ESCENA XIV.

GASTON, BLAS MOTILLA.

GAST. ¿Qué es de ese viejo?
BLAS. Muere.
GAST. Traed mi litera.
Pues su hija, quiera ó no quiera,
en estos montes no dejo. (*Váse Motilla.*)

ESCENA XV.

GASTON solo.

VOCES DENTRO. ¡Muera! ¡Muera!
GAST. Ese rumor...
Por Cristo que mis soldados
á batallar avezados
les cansa la paz.

ESCENA XVI.

GASTON, SIR ROLANDO y soldados, entre ellos JUAN
DIENTE.

ROL. Señor...
GAST. ¿Por qué grita esa canalla?
ROL. Señor, vuestra vénia espera
y os trae aqui un hombre fiero
que entre sus manos se halla.
GAST. ¿Dónde está?
ROL. Vedle, es aquel;
y si os lo traigo amarrado
es porque ni un condenado
riñe con mas brio que él.
GAST. ¿Qué hizo ese hombre?
ROL. Oculto estaba
con otro en la selva espesa
cuando caí con sorpresa
sobre él, que huir intentaba;
y mientras su compañero

- se escapó por la espesura,
con tan no vista bravura
manejó ese hombre el acero,
que á las pocas cuchilladas,
á este acierto, al otro yerra,
mordiéndole á sus pies la tierra
vi á cuatro ó seis camaradas.
Es un valiente, y confieso
que me interesa su suerte,
si vos quereis darle muerte,
capitan, ahí está el preso.
¿Con que fuiste tú?
Yo fui.
aunque el saberlo te asombre.
¿Y quién eres tú?
¿Yo?... un hombre.
Un poco audaz.
Así, así.
¿De dónde vienes?
No vengo,
voy...
¿A dónde?
Por el mundo.
No te olvides un segundo
de que en mi poder te tengo.
Lo sé.
¿Qué haciais los dos
en la selva?
Huir del sol.
¿Qué era tu amigo?
Español.
¡Vive Cristo!
¡Vive Dios! (Pausa.)
Respóndeme bien y listo,
ó te pongo una mordaza.
Dejad, señor, la amenaza,
pues no os sienta bien.
¡Por Cristo!
tu nombre y el del que huyó
aquí mismo saber quiero.
Era...
Pronto.

- DIEN. Calma: infiero
que era no hombre como yo.
- GAST. ¿Quién era?.. (Pausa.) ¿Callas? Está
lacónico el aldeano.
- DIEN. Tanto pregunta, que es llano
me vaya cansando ya.
- GAST. Ese lenguaje...
- DIEN. Es mi estilo.
- GAST. ¿Sabes quién soy?
- DIEN. No me importa.
- GAST. Piensa que tu vida es corta
siguiendo así.
- DIEN. Estoy tranquilo.
- GAST. ¡Mil truenos! Ya que se obstina
tu torpe lengua en callar,
yo veré si te hago hablar.
Atadle al pié de esa encina
(Algunos soldados rodean á Diente: este
toma una actitud altiva y amenazadora.
Gaston con los brazos cruzados le contem-
pla con asombro.)
- DIEN. Mirad lo que vais á hacer.
- GAST. ¡Hola!... ¡Me amenazais!
- DIEN. Puede.
- GAST. Todo ante mi antojo cede.
- DIEN. Eso... también puede ser.
- GAST. ¡Oh! te va á costar muy cara
esa duda que me ofreces.
- DIEN. La muerte y yo muchas veces
nos hemos visto la cara.
El terror en vano empleas,
este corazón es hierro.
- GAST. Amarradle como á un perro
y preparad las correas.
(Algunos soldados á una señal de Rutt, se
quitan los cinturones y empiezan á colo-
carse alrededor de Gaston.)
- DIEN. ¡Padre!... ¡Aurora!
(Dos soldados que conducen una litera, sa-
len por el foro y cruzando por delante de
Diente entran en la choza. Blas les sigue.)
¡Dios clemente!

una sospecha destroza
mi corazón: en mi choza
entran.
(Va á dirigirse á la cabaña y en este momen-
to queda frente á frente de Blas; los dos se
reconocen y retroceden; Blas despues de ha-
ber expresado en su fisonomía el asombro y
el contento, corre á donde está Gaston, y
cogiéndole bruscamente de un brazo, dice,
mostrándole á Juan Diente el verso que le
corresponde.)

¡Motilla!
¡Juan Diente!

BLAS.

GAST. ¡Oh! (Con gozo.)

DIEN. (Lonzándose sobre Blas.) ¡Renegado maldito!

BLAS. El es, si.

(Sujetan algunos soldados á Juan Diente.)

DIEN. ¡Dios te confunda!

(Pausa.)

GAST. ¡Ah! mi corazón inunda

el gozo; levanta el grito,

desata la torpe lengua

hace poco enmudecida.

DIEN. ¡Extranjero, por mi vida

que ya el callar fuera mengua!

¡Diente soy! (Con orgullo.)

GAST. Tu orgullo loco

dobra, verdugo de un rey.

DIEN. Ni tú, ni toda tu grey

me hareis temblar; sois muy poco.

GAST. Diente, tu razón delira:

pronto á mis plantas rendido

pedirás arrepentido

tu perdon.

DIEN. Yo? nunca!

GAST. (Le coge del brazo y le conduce á la puerta
de la choza. Diente retrocede espantado.)

Mira!

DIEN. ¡Sangre!... ¡Ah!... ¡Padre querido!

¡Infames!... ¡Soltadme!

GAST. (Con ironía hasta el final de la escena.)

Espera

á tu hermana esa litera,
la tórtola deja el nido.

DIEN. ¡Oh! no; cebad en buen hora
en mí el rencor como os cuadre,
pero auxiliad á mi padre,
y no me robeis á Aurora.

GAST. Es vano tu ruego; escucha
y conserva en tu memoria
la página de esta historia.
Tu padre olvidado lucha
con la muerte.

DIEN. (Horrorizado.) ¡Calla!

GAST. Hay mas:
tu hermana es mia, y tú, atado
á ese tronco, devorado
por los cuervos te verás.

DIEN. ¡Basta!

GAST. Yo quiero que mueras
de hambre, sin auxilio alguno,
y tus miembros uno por uno
devorados por las fieras.

DIEN. ¡Cesa ya, torpe asesino!

GAST. ¿Tienes miedo?

DIEN. No á fé mia:
ruégale á Dios por que un día
no te encuentre en mi camino.
*(En este momento sale Motilla y algunos
soldados que conducen una litera, dentro
de la cual figura ir Aurora; Gaston levanta
una de las cortinas para que se cerciore
Juan, que permanece atado al tronco de la
encina.)*

GAST. Motilla: ¿está todo listo?

BLAS. Todo, capitán

GAST. Partamos.

(A Diente.) A tu hermana nos llevamos.
La cuidaré.

DIEN. ¡Vive Cristo!
Ser sin honra ni decoro,
de quien clemencia no aguardo,
verdugo vil de un bastardo
vendido á peso de oro.

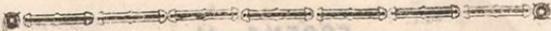
- Suéltame, suéltame, si,
ya que es tanta tu bravura,
pues todos se me figura
que sois pocos para mí.
- GAST. Da al alma espansion, es justo.
DIEN. ¡Cobarde, infame, traidor!
GAST. Vamos, te inunda el sudor:
limpiate con este arbusto.
(Gaston coge una rama de un zarzal y se la arroja en la cara á Diente. Este da un ¡ay! de dolor. Todos los soldados desfilan por delante de la encina haciendo burla y prodigándole algunos golpes con la contera de la lanza. Pausa.)

ESCENA XVII.

DIENTE atado á la encina. Poco despues FERNANDO,
que sale de la choza desfallecido.

- DIEN. ¡Padre! ¡ah! ¡Destino impio!
(Hace esfuerzos para romper las correas.)
Bien me ataron. ¡Vive Dios!
¿Y hemos de morir los dos
sin vengarnos? ¡Padre mio!
¡Padre!...
- FERN. (Sale vacilante apoyándose en la pared de la choza.)
¡Socorro!... ¡Juan!
- DIEN. ¡Oh!
¡Aun vive!... ¡Llegad, llegad,
desatadme!
- FERN. ¡Qué ansiedad!...
no puedo... (Procura andar y no puede.)
- DIEN. Un esfuerzo, y yo
os vengaré.
- FERN. Juan... yo... mue... ro.
(Cae á corta distancia de la encina.)
- DIEN. ¡Muerto! Ya no hay esperanza...
¡Dios mio!... ¡Sin la venganza
no quiero morir, no quiero.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Salon de armas en el palacio de Lucena: fondo abierto, á la derecha un balcon practicable. A la izquierda dos puertas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

HECTOR *aparece sentado en un sillón que habrá junto á la primera puerta de la izquierda.* **BLAS** *junto al balcon: le cercan algunos criados.*

BLAS. Esta noche el capitan en Lucena hace su entrada. Ya lo sabéis: muchos vivas, muchas músicas y zambras. Avisad á los vecinos que adornen con luminarias los balcones, bajo multa de un marabolín de plata. Mucha memoria, muchachos: corred, que no falte nada. *(Vánse los criados.)*

ESCENA II.

BLAS, HECTOR.

BLAS. ¿Dormis, buen anciano?

HECT. No.

BLAS. Como callabais, creí...

HECT. Es vieja costumbre en mí el no hablar.

BLAS. (Ya lo sé yo.)

Mucho siento ¡vive Dios!
veros siempre tan callado.

¡Qué diablo! un viejo soldado
debe hablar...

HECT. Menos que vos.

BLAS. (Toda mi astucia se estrella
contra él; el paso me corta,
pero, en fin, nada me importa
como logre hablar con ella.
Yo veré...) El gobernador
entra esta noche.

HECT. ¡En buen hora!

BLAS. ¿Cómo sigue la señora
de sus dolencias?

HECT. Mejor.

BLAS. Entonces, dejadme entrar,
porque anunciarla es forzoso
la llegada de su esposo.

HECT. Bien... yo se la iré á anunciar...Y

BLAS. Dejadme pasar, buen viejo.

HECT. (Con calma.) No puede ser.

BLAS. ¿Por qué?

HECT. ¡Atrás!

BLAS. Ved...

HECT. Y no olvidéis jamás,
secretario, este consejo:
cuando á algun hombre encontréis
que, cual yo, cierra la boca,
y que nunca á hablar provoca,
nunca á hablar le provoquéis.

(Se oyen gritos y risotadas en la plaza.
Rutt entra por el fondo.)

ESCENA III.

DICHOS, RUTT.

BLAS. ¿Qué ocurre, Rutt?

RUT.

El idiota

que está en mitad de la plaza
haciendo reír á la plebe
con sus feas carcajadas.

BLAS.

Te confieso, Rutt amigo,
que ese infeliz me dá lástima:
hace dias son los pórticos
de palacio su morada.

Nadie le conoce, y todos
rien de sus bufonadas.

*(Se oye una música y gritos de vivas á lo
lejos. Blas se asoma al balcon.)*

¡Hola! El bravo capitán
entró en la ciudad. ¡Canallas!
pegad fuego á las hogueras
y victorear con alma.
Rutt, ¿y el banquete?

RUTT.

Dispuesto.

BLAS.

¿Nada falta?

RUT.

Nada falta.

(Aparte á Blas.)

*(Maese Blas, una tormenta
próxima nos amenaza.*

*Cuando el buen gobernador
sepa que está aquí Diana...)*

BLAS.

Rutt, allá se las avengan:
nosotros á la antecámara. *(Váncse.)*

(Se oyen mas cerca los gritos y la música.)

ESCENA IV.

HECTOR, solo.

Ya está ahí: corazón mio,
veré si valor te falta.

(La primera voz de ¡plaza! figura ser en la

calle, las demas en palacio: de modo que la última la dirán los pajes, que preceden á la entrada en la escena de Mossen Gaston, Hector queda junto á la puerta de la izquierda hasta que lo indiquen los versos.

UNA VOZ EN LA CALLE. ¡Plaza al buen gobernador!

OTRA. ¡Plaza!

¡Plaza!

OTRA. ¡Plaza!

UN PAJE. (Entrando.) ¡Plaza!

ESCENA V.

HECTOR, GASTON, BLAS, RUTT, CABALLEROS, PAJES.

GAST. Por San Ibon, mi patrono,
que han de costarles bien caras
las burlas. Motilla, Rutt!

RUTT. } Señor...

BLAS. }
GAST. Mi gente de armas.

Esa plebe miserable
con gritos y carcajadas
me recibió, y es preciso
que tome justa venganza.

BLAS. Señor, sin duda ignorais
de su alboroto la causa.

GAST. ¡Les defiendes!

BLAS. No, á fé mia.

Mirad: veis allá en la plaza,
junto á la hoguera un mendigo,
que está batiendo las palmas?

GAST. Si.

BLAS. Pues ese es el idiota,
origen de la algaraza.

GAST. ¿El idiota?

BLAS. Un pobre simple,
que así el sustento se gana,
la caridad implorando
de las gentes.

GAST. Sin tardanza
traedle aquí... quiero verle...

Corred... ¡si esas carcajadas
fueran por mí... cien mil rayos!...

(*Vánse Rutt y pajes.*)

(*Gaston pasea la escena demostrando el mal humor. De repente vé á Hector, le coge de un brazo bruscamente, y le conduce al proscenio, diciéndole con asombro.*)

GAST. ¡Hector! ¡Hector!

HECT. ¿Qué te extraña?

GAST. Tú en Castilla?

HECT. Yo en Castilla.

GAST. ¿Solo?

HECT. Me traje á Diana.

GAST. ¡Ira de Dios! ¡ella aquí

sin mi vénia!

HECT. No hace falta.

GAST. (*Cogiéndole de un brazo.*) ¡Miserable!

HECT. No apreteis,

nos estan mirando.

CAST. (*¡Oh rabia!*)

(*A los caballeros.*)

Señores, podeis si os place

esperarme en la antecámara.

Pronto empezará el festin.

CAB. 1.º No tardeis.

GAST. Soy vuestro.

(*Vánse los caballeros.*)

(*Mirando á Hector y diciéndole con im-*

perio.) Llámalá.

ESCENA VI.

GASTON solo.

¡Diana aquí! Pero es preciso

que hoy mismo regrese á Francia.

¡Vivir juntos! ¡Imposible!

Sus celos, su amor me cansan.

Esa mujer es la tumba

de todas mis esperanzas:

mas le juro, vive Cristo...

ESCENA VII.

GASTON, DIANA, HECTOR.

DIANA. Vine, cumplí mi palabra.

GAST. Déjanos solos, Hector.

HECT. Solo obedezco á Diana.

(Diana le señala la puerta de la izquierda con la mano, Hector lanza una mirada de desprecio á Gaston, y sale.)

ESCENA VIII.

DIANA, GASTON.

GAST. Vive Cristo, señora, que me extraña vuestra tenaz persecucion; la guerra me trajo á España, y os venis á España; sin mi permiso abandonais la tierra que os ha visto nacer. No hay quien conciba lo que quereis al fin; necias mujeres!

DIANA. Quiero vivir donde mi esposo viva, partir con él sus penas, sus plácemes.

GAST. El noble caballero, el buen soldado cuando su honor le llama á la batalla, la afeminada seda y el brocado cambiar le toca por la ruda malla.

DIANA. A la mujer que, cual á mí se humilla, si tiene como yo, sangre bretona, y el torpe infamador se halla en Castilla, corre en pos de él, y todo lo abandona.

GAST. Escucha pues... ¡te odio!... que obedezcas es fuerza ¡vive Dios! no puedo amarte.

DIANA. Pues cuando mas y mas tú me aborrezcas, yo mas y mas y mas tengo que odiarte.

GAST. Esta mujer con mi paciencia acaba.

DIANA. ¡Separarme de tí! Tu ruego es vano. Antes tu acero en mis entrañas clava, que yo al morir te morderé la mano.

GAST. De nuestro amor rompieron ya los lazos tus necios celos, tus eternas quejas.

DIANA. ¿Conque tú, el corazon hecho pedazos
en las entrañas de tu esposa dejas?
conque es decir, tu voluntad de roca
quiere viva en las ásperas montañas,
que allá en mi soledad me vuelva loca;
que muera de dolor... Gaston, te engañas.
Como la yedra al tronco, á lí iré asida;
¿quién podrá de mi lado separarte?...
En el último soplo de tu vida,
tu postrimer mirada iré á robarte.
¡Callad, ó vive Dios!...

GAST.

DIANA.

¡Oh! nunca, en vano
hoy el desprecio y la amenaza empleas;
honra te di cuando te di mi mano,
míos son tus blasones, tus preseas.
¿Quién fuiste tú? un pobre aventurero
que del botin en pos corrió sediento?
Mis soldados te hicieron caballero,
yo te di honor, riqueza, valimiento.
La hambre y la sed ante la noble puerta
de mi castillo te condujo un día,
y al encontrarla en tu codicia abierta,
entraste á devorar lo que allí habia.
Mi padre con sus gentes á la guerra
te envió, y al mirarte el noble anciano
regresar vencedor á nuestra tierra,
en premio de tu ardor te dió mi mano.
Desde entonces, Gaston ¿cuál fué mi suerte?
vivir en una torre prisionera,
y en mi amargura desear la muerte.

GAST.

DIANA.

¡Silencio, ó vive Dios!
Espera... espera,
ya no soy tu mujer, soy tu enemiga,
por donde vayas tú he de seguirte,
quiere que al espirar tú me maldigas,
y al maldecirme tú quiero escupirte.
GAST. Fuego y truenos ¿pues no me desafia?
fuerza ya que mi rabia satisfaga;
salid.

DIANA.

GAST.

DIANA.

Nunca.

Salid.

Tu vida es mia.

GAST. ¡Entonces! ¡vive Dios!
HECT. (*Saliendo y colocándose al lado de Diana.*)
Dejad la daga.

ESCENA IX.

DICHOS, HECTOR.

GAST. ¿Quién la vénia te prestó
para interrumpirme así?

HECT. Cuando yo he venido aquí
es porque puedo.

GAST. (*Abalanzándose á él.*) Pues yo...

DIANA. (*Colocándose entre los dos.*)

¡Gaston, Hector!..

GAST. (*A Diana.*) Apartad.
(*A Hector.*) Y tú sal de este aposento,
ó vive Dios...

HECT. No es mi intento
obedecerte en verdad.

GAST. ¿Te niegas?

HECT. Así obrar quiero.

GAST. En poco precias tu vida.

HECT. Siempre desprecio al que olvida
lo que toca á un caballero.

GAST. Veamos quien puede mas.
¡Riñe!

DIANA. ¡Cielós!

HECT. Dios me ayuda.
(*Diana cubre con su cuerpo á Gaston, y
dice á Hector con aspereza.*)

DIANA. Hector, mi pecho le escuda.

Mátame primero. ¡Atrás!

HECT. (*Arrojando la espada.*)

¡Oh! ¡rabia! necias mujeres!

ESCENA X.

DICHOS: RUTT por el foro.

RUT. Señor.

GAST. (*A Diana.*) Déjame, lo quiero.

- DIANA. (A Hector.) Vamos.
HECT. Siempre igual.
DIANA. Yo muero.
(Vánse.)
GAST. Despacha, Rutt: di qué quieres.
RUT. Ya los nobles convidados
esperan en el salon.
GAST. Que entren. (Váse Rutt.)

ESCENA XI.

GASTON *solo.*

Vamos, corazón,
en estos momentos dados
quiero muestres tu entereza:
disimula, que mañana,
ó me obedece Diana,
ó hago rodar su cabeza.

ESCENA XII.

GASTON, SIR ROLANDO, *el Sr. de TOBAR, RUTT, CABALLEROS por el foro.*

- ROL. Dios guarde al gobernador.
(*Algunos caballeros se adelantan á saludar.*)
GAST. El os colme de favores:
sobre la mesa, señores,
los cumplidos son mejor;
y troquemos, ya que al fin
la victoria se ha alcanzado,
los arreos del soldado
por los brindis del festin.

ESCENA XIII.

DICHOS, BLAS, JUAN DIENTE, *aparece en el fondo: su semblante completamente desfigurado, expresa la estupidez y el asombro.*

- BLAS. (*Desde el fondo.*) ¡El simple!...

- GAST. Arrójale acá.
(*Blas empuja á Juan, el cual llega dando traspies hasta colocarse en medio de todos.*)
- DIEN. ¿Dicen que verme quereis?
Aqui estoy, ya me teneis...
frente á frente.
(*Diente se queda mirándolos con asombro; todos rompen en estrepitosas carcajadas.*)
Diente, en medio, domina la risa de todos con la suya.)
- TODOS. ¡Já, já, já!
- DIEN. Reid mas, si no os asusto.
Reid, la risa me agrada...
¡Reid! una carcajada
me da gusto, mucho gusto.
(*Risa continuada de Juan.*)
- GAST. ¿Cuál es tu nombre?
- DIEN. Alegría
ahora la gente me llama,
pero en la otra vida, es fama
que yo otro nombre tenia.
- GAST. ¿Tuviste dos vidas?
- DIEN. (A Gastón.) Si...
Tú no lo sabes: entraron
una noche, y me mataron...
y se rieron de mí.
- GAST. ¿Te mataron!
- DIEN. Si por cierto.
- GAST. ¿Y vives? Yo no concibo...
- DIEN. Es... que yo no soy un vivo
como tú. Yo soy un muerto.
- TOVAR. No vi una simpleza igual.
- LOL. Apurando su memoria
tal vez nos cuente su historia.
- TOVAR. Debe ser original.
- GAST. Tu historia á contarnos vas:
¿por qué la muerte te dieron?
- DIEN. ¿Quién?... ¡Ah, sí!... ¿Los que se fueron?...!
- GAST. Los mismos.
- DIEN. ¿Qué me darás?
- GAST. Cuanto ambiciones... soy franco.
- DIEN. Pido mucho.

- GAST. Poco importa.
- DIEN. Pues bien; yo quiero una torta grande ¡grande! de pan blanco. Quiero un sayo para el frío, esta mesa y esta silla... esa gorra, esa ropilla...
(*Tocando la de Gaston.*)
- GAST. ¡Todo es tuyo!
- DIEN. (Con loca alegría.) ¡Todo es mio!
(De pronto, lanzándose sobre Gaston, y tomando la cruz que lleva en el pecho.)
¿Y esto?
- GAST. Tambien.
- DIEN. (Contemplando la cruz.) ¿Tú eres mia?
¡Tú me vas á obedecer!
(Diente empieza á recorrer la escena tocando y reconociendo á los caballeros, y los objetos que encuentra al paso, y dice.)
Y tú... y tú... ¡qué placer!
y tú... y tú... ¡qué alegría!
Reid, reid por los codos, vuestra obediencia reclamo...
¡Soy el amo! ¡soy el amo!
Todos sois míos... si, todos.
(De repente se para.)
(Delante de Blas.)
A tí... no te quiero... ¡no!
¡Aparta! ¿quién me lo ofrece?
Este aunque vivo parece es un muerto como yo.
¿No lo veis? Vagando está entre sus labios la muerte...)
- CABALL. ¡Já! ¡já!
- DIEN. (Indicando silencio.)
¡Chis!... No habéis tan fuerte
(Con misterio.) ¡Es un cadáver!
(Con fuerza.) ¡Já! ¡já!
(Se queda señalándole con el dedo, y riendo convulsivamente hasta que lo indiquen sus versos.)
- GAST. (A Blas.) No os enojeis.
- BLAS. ¿Yo, señor,

- enojarme? *(Pues bien, grande, esta mes, esa boye, Yoand, Todo es tu)*
- ROL. Ved que olvida el relato de su vida.
- BLAS. *(Dando una palmada en el hombro á Juan Diente: este se estremece.)*
Ven acá; el gobernador quiere escuchar el relato de tu vida.
- GAST. Ese es mi intento.
- DIEN. Pues de darle gusto trato. *(Colocándose en el centro, y con calma.)*
¡Va de cuento! ¡Va de cuento!
Yo era así... *(Indicando con la mano una estatura baja.)*
No, así sería... *(Mas baja aun.)*
- MI MADRE JUNTO AL HOGAR
no cesaba de llorar:
llovía... chips... chips... llovía.
Del viento al ronco mugido
toda la casa temblaba,
y el mastin se paseaba
dando ahullido tras ahullido.
MI MADRE LE ACARICIÓ,
pero el perro receloso,
dando un ladrido espantoso
junto á la puerta se echó.
—Reinó por breve momento
un silencio aterrador!
¡Tan! .. ¡tan!... Pedia favor
la campana del convento.
Del trueno el ronco bramir
desgarraba mis oidos,
cuando se oyeron gemidos
en el vecino lugar.
¡Ahoé! ¡Ahoé! clamaron
allá en la vecina sierra,
y otras voces... «¡guerra! ¡guerra!»
con furor les contestaron.
¡Favor! ¡Socorro! Se oía...
¡Ruum! ¡bum! un trueno sin fin.
¡Bub! ¡bub! ¡bub! ladró el mastin,
¡tan! ¡tan!... la campana hacia.

¡Pissch! repetían los vientos,
los caballos galopaban.

¡Trac... tra... ca... trac! relinchaban
y crecían los lamentos.

El crugir de la armadura

y la espada matadora,

el uno... llora que llora,

y el otro... jura que jura.

A se mezcló entre el terror

del huracán furibundo,

con el ¡ay! del moribundo,

el grito del matador. (Pausa.)

Mi madre cogió una cruz

y la besó... ¡estaba muerta!

¡Ah si! se abre aquella puerta,

el viento apaga la luz.

¿No lo veis? Un hombre entró:

¡Juana! con voz ronca, dijo,

¡Juana! A dó tienes el hijo

del rey... Silencio... soy yo.

GAST.

Tú!

DIEN.

¡Chist!... ¿No miras el hierro

que lleva en la mano asido?

Pues quince veces lo ha hundido

en la garganta del perro.

Se acerca... me va á encontrar...

¡Voto á Luzbel!... no respondes?..

¡Juana! ¡Juana! ¡Ah, tú le escondes?

¡Por Cristo! ¡te he de matar!

Me encontré... ¡si. Con fiereza

una maldición soltó

y el frío puñal le hundió

aquí... aquí... en mi cabeza.

Espiré... «¡Bien muerto estás!»

dijeron, y se marcharon:

si, si, ellos me mataron!

Yo soy un muerto... ¡jál! ¡jál!

Aun en mis oídos zumba

de aquella noche el concierto...

¡Plaza! Abrid plaza al muerto!

¡Já! ¡jál! ¡jál! esta es mi tumba!

(Se deja caer en un sillón y continúa riendo)

convulsivamente hasta que se retiran los caballeros.)

ROL. ¡Pobre idiota!

GAST. Que se aquiete
dejadle.

PAJE. *(Que sale.)* Ya los coperos
esperan.

GAST. Pues caballeros
al banquete.

VARIOS. Si, al banquete.
(Vánse los caballeros.)

ESCENA XIV.

GASTON y BLAS *al proscenio.* DIENTE, *sentado en el sillón, figura estar dormido.*

GAST. Vive Dios que con su historia
picó mi curiosidad
el idiota... si, es preciso...
un momento Maese Blas.

Antes que vaya al festín
necesito despachar
asuntos que me interesan.

BLAS. Soy vuestro, señor, mandad.

GAST. Ochocientas doblas de oro
es preciso recaudar.

BLAS. Pues los paganos, señor,
(Presentando una lista.)
aquí en esta lista estan.

GAST. Examinemos los pájaros
que se deben desplumar.

BLAS. *(Saca de una cartera algunos papeles que
extiende sobre una mesa, y se sienta. Gas-
ton permanece á su lado de pie.)*

Jacob el droguero, puede
dar ciento: una enfermedad
le va á costar esa suma,
pero por fin la dará.

Doscientas Simuel el médico:
este judío es capaz
de vender á su familia

- y á él mismo por la mitad.
Y las quinientas restantes
pagarlas puede Isabaht,
que aunque de pobre se viste
y de hambre tiene la faz,
guarda en sus arcas mas doblas
que arenas arrastra el mar.
- GAST. Extended las alcabalas,
que luego se firmarán.
- BLAS. (*Escribiendo.*) (De esta quedan los judios
pobres de solemnidad.)
- DIEN. Ye soy el idiota... ¡Plaza!
Plaza al muerto, ¡já! ¡já! ¡já!
- GAST. Está soñando.
- BLAS. ¿Qué hacemos?
- GAST. ¿Qué? dejarle descansar.
Motilla... ¿en dónde está Aurora?
- BLAS. En la torre de San Juan.
- GAST. Con el alma anhele verla,
y esta noche...
- BLAS. Bien está.
- GAST. A las diez.
- BLAS. La moza sigue
siendo esquiua y montaraz.
- GAST. Un narcótico.
- BLAS. Lo apruebo:
es lo mejor, capitán.
- GAST. Dime, ¿la torre es segura?
- BLAS. Oh, no se os ha de escapar.
Tiene la torre dos puertas:
una que es la principal,
de todos bien conocida:
y otra secreta ademas,
cuyo resorte conocen
(*El actor debe marcar mucho estos versos.*)
don Pedro, que ausente está;
Juan Diénte, que ya murió,
y este servidor leal.
- GAST. Bien está.—Pónle al idiota
en la garganta un collar
que diga: «soy de Gaston,»
y hazle un traje.

BLAS. Se le hará.
GAST. Sea el bufon de mi esposa,
que ya es razon, por San Blas,
que allá en su viejo castillo
tenga con quien conversar.
Ahora vé y dile á los nobles
que ya pueden empezar
el banquete. (Váse Blas.)

ESCENA XV.

GASTON, DIENTE.

GAST. Si, el idiota
es cosa providencial.
(Llamando puerta izquierda.)
¡Diana! ¡Diana!—¡Esta herida
la muerte en pos dejará!

ESCENA XVI.

DICHOS, DIANA.

DIANA. Héme aquí.
GAST. Ya arrepentido
estoy de mi crueldad.
DIANA. Pruebas faltan.
GAST. ¿Qué mas pruebas,
si á fuer de esposo real
dichosa hacerte ambicionado?
DIANA. Eso nunca lo verás.
GAST. (Sacudiendo á Diente.) Despierta.
(Diente se levanta y lanza una mirada es-
túpida en torno suyo.)
DIANA. ¿Quién es ese hombre?
DIEN. ¿Quereis reiros? Mirad. (Diana retrocede.)
DIANA. ¡Oh Dios!... ¿qué es esto? ¿Ese hombre
quién es?... Me da miedo. ¡Atrás!
GAST. ¿Dices que de tu castillo
te cansa la soledad?
¡Toma! Ahí tienes mi bufon:
vive con él siempre.

(Gaston coge á Diente y le empuja cerca de Diana; esta cae en un sillón y se cubre la cabeza con las manos. Diente procura comprimir la rabia. Gaston les contempla un momento y desaparece por la izquierda.)

DIANA. (Cayendo.) ¡Ah! (Váse Gaston.)

ESCENA XVII.

DIANA, DIENTE.

(Diana queda recostada sobre la mesa. Diente mira á su alrededor, corre hácia la mesa del foro, escribe precipitadamente sobre un pergamino, vuelve y lo coloca junto á la cabeza de Diana: esta al levantarse ve á Diente y lanza un grito: Diente se retira al lado opuesto.)

DIANA. Aparta, me das horror.

¿Por qué este llanto derramo?

Y aun le amo... ¡aun le amo!

¡Maldito seas, amor! (Pausa.)

Corazon, que no supiste
apreciarte en lo que vales,

¿por qué del pecho no sales
si tan pequeño naciste?

¿Puede caber tal maldad?

no, no; mi razon delira;

eso es mentira... es mentira,
(Viendo á Diente.)

no, que ese es la realidad.

¿Tú qué haces aquí?

DIEN. ¿Yo?... Espero

que vos os riáis de mí,

que os alegréis.

DIANA. Sal de aquí,

no quiero verte, no quiero.

DIEN. Si sois tan buena señora,

no me separeis de vos:

lloremos juntos los dos,

el idiota tambien llora.

DIANA. ¿Llorar tú?

DIEN. En este momento

al recordar como os tratan,

en mi pecho se desatan

las fuentes del sentimiento.

(Cambiando de tono.)

Mas no lloreis... siempre Dios

da paz á quien la merece.

Reid... la risa enloquece...

Reid... riamos los dos.

(Diente sigue riendo y batiendo las palmas hasta que va á caer junto al balcon, quedándose allí en una postura estúpida y ridicula. Diana le mira compasivamente.)

DIANA. ¡Pobre demente, se afana

por ver la risa en mis labios.

¡Mas cómo olvidar agravios!

(Repara en la carta que ha dejado Juan sobre la mesa.)

¿Qué es esto? *(Leyendo.)* Leed, Diana.

(Lee.) «Diana: si teneis valor, esperadme á

»las once en el pasillo del Angel, y conoce-

»reis á la que os roba el amor de vuestro es-

»poso. Venid sola, yo iré encubierto.»

¡Ay! el ingrato me olvida

por querer á una española...

(De pronto.) ¿Si no me quiere á mí sola

de qué me sirve la vida?

¿Iré á la cita?... ¡Jamás!

¿Pero y si allí de amor llenos?...

¡Ah! corazon, late menos,

y tú, mente, piensa mas.

¡Ay! por mi mal solo sé

que me está ahogando el despecho...

sal, necio amor, de mi pecho.

Ah, si, si... á la cita iré.

(Vase precipitadamente por la puerta izquierda.)

ESCENA XVIII.

DIENTE solo:

(Diente se levanta, se asoma á la puerta por donde ha desaparecido Diana: luego reconoce la escena.)

Irá... si... ahora el puñal.

(Se dirige á una de las armaduras, coge una daga y se la esconde entre la ropilla: luego va á la mesa y escribe sobre un pergamino.)

(Escribiendo.) «Junto al Cristo de la Cruz.

A las diez.» Ahora la luz.

(Coge el candelabro que habrá encima de la mesa, se asoma al balcon, hace un movimiento con el brazo como formando una cruz en el aire: luego se asoma y tira el pergamino á la plaza. En este momento entra por el foro Blas, acompañado de varios criados.)

DIEN. *(Mirando por el balcon.)* Le cogió.

ESCENA XIX.

DIENTE, BLAS, criados.

BLAS. *(Cogiéndole por el brazo)* ¡Tú en el balcon!

DIEN. ¡Ah!

BLAS. *(Sacudiéndole.)* ¡Habla!

DIEN. En este momento

yo soy un hacha de viento

que alumbrá la procesion.

(Agitando el candelero.)

Todos tras de mí venid,

entonando el miserere.

¡Ay del que no obedeciere!

Siga la broma... reid.

Esta luz alumbrará
nuestras tristes aventuras.

(Apagando las luces.)

—Pues nos quedamos á oscuras.

(De pronto.) Plaza al muerto. ¡Já! ¡já! ¡já!

(El teatro debe quedar lo mas oscuro posible. Los criados abren paso. Diente desaparece por el foro riendo estrepitosamente. Los criados le siguen.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ESENA XIX.

DIENTE. BIAS. CRIADOS.

(Cogiendo por el brazo.) ¡Tú en el balcón!

¡Ah!

(Sacudiéndole.) ¡Hé ahí!

En este momento

yo soy un hombre de viento

que alumbra la perspectiva

(Apuntando el cañalero.)

Todas las de mi vida

enfundando el misero.

¿Y he! que no obedeciere!

¡Sea la culpa... reid.

Esta luz siempre

nuestras tristes aventuras

(Apagando las luces.)

ACTO TERCERO.

Camarin ochavado en el alto departamento de una torre. Al fondo un lecho imperial cubierto con un pabellon de damasco encarnado. A la derecha, en primer término, un reclinatorio con la imagen de Jesu-cristo, la cual está alumbrada por una lámpara de hierro. En segundo término una puerta secreta; á la izquierda otra puerta que figura ser la de entrada. Una mesa servida en mitad del teatro. Sillon de baqueta y taburetes de lo mismo. La escena estará alumbrada por una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

AURORA *orando junto al oratorio.* BLAS MOTILLA *arreglando una mesa como para cenar.*

BLAS. Secretario y repostero,
¡pues señor, voy progresando!
¡Buenos oficios!... Se entiende,
buenos, si san bien pagados.
(*Mirando á Aurora.*)
¡Pobre niña!... Pero, en fin,
estaba de Dios, y acato
su voluntad.

AUR. (Virgen santa,
no me olvideis.)

- TAS.** (*A Aurora.*) Siempre orando.
- AUR.** (*Levantándose.*) Horas á Dios consagradas son las mejores.
- BLAS.** Cristiano
soy tambien, y como vos
le dedico algunos ratos.
- AUR.** Haceis bien.
- BLAS.** Los pecadores
siempre consuelo encontramos
cuando á Dios nos dirigimos.
- AUR.** Asi es.
- BLAS.** (*Aparte.*) (Tentaré el charco)
¿No sabeis las nuevas?
- AUR.** ¿Nuevas?
¿Y cuáles?
- BLAS.** Que ya ha llegado.
- AUR.** ¿Quién?
- BLAS.** El capitan Gaston.
- AUR.** ¡Callad! ¿Para que nombrarlo?
(*Aparte.*) (¡Dios mio!)
- BLAS.** (Bah, esta muchacha
nunca saldrá de su paso.)
Vos ya sabeis, hija mia,
que al momento que llegamos
á esta ciudad, don Enrique,
nuestro rey, llamó á su lado
á mosen Gaston, de modo
que él, cumpliendo su mandato,
se marchó sin que tuvierais
tiempo para cercioraros
de la nobleza que cabe
en su pecho. El es muy franco,
os adora con el alma,
y hoy regresa enamorado
dispuesto á haceros dichosa:
hay mas, á daros su mano.
- AUR.** Pluguiera á Dios que jamás
le hubiera visto.
- BLAS.** ¿Qué diablo!
El os quiere, vos debeis...
¡quererle!... y penas á un lado.
- AUR.** Nunca.

- BLAS. Lo siento; esta noche
creo piensa acompañaros.
Ya veis...
- AUR. ¡(Oh Dios!)
- BLAS. ¿Qué remedio?
- AUR. Morir.
- BLAS. ¡Bah, bah, bah; si al cabo
le habreis de amar! El que tiene
mas fuerza siempre es el amo.
- AUR. Salvadme vos.
- BLAS. Bien quisiera,
pero el cómo no le hallo.
- AUR. ¡Sois un miserable!
- BLAS. Sea.
¡Oh! por eso no me enfado.
La cena aguarda al amante
vencedor. Conque así ¡ánimo!
sed amable, y buenas noches.
(¡Pobre niña! ese es su hado.) (Vase.)

ESCENA II.

AURORA sola.

- ¡Sola! ¡sola! el infame
vendrá... ¡Dios mío!
En tu infatigable apoyo
solo confío.
Mi mal te duela.
Vela por mí, Dios bueno,
vela, sí, vela.
Antes que á sus deseos
mi honor sucumba,
la muerte es preferible,
abre mi tumba.
Y con la palma
de la virtud, al cielo
suba mi alma.

ESCENA III

DIENTE, AURORA. *Aurora estará junto al reclinatorio. Diente entra por la puerta secreta: lleva la cara cubierta con un antifaz. Aurora al verle lanza un grito*

AUR. ¡Ah!

DIEN. No griteis, por Dios.

AUR. ¡Favor!

DIEN. Señora, os prevengo
que os perdeis si os oyen. Vengo
á salvaros.

AUR. ¿A mí?

DIEN. A vos.

AUR. ¿Será verdad?...

DIEN. Yo cumplir
espero lo prometido,
pues sabed que aquí he venido
á salvaros, ó morir.

AUR. ¿El rostro no os descubris
cuando á salvarme llegais?
No os creo.

DIEN. Vos ignorais
en el sitio en que vivís;
y solo sabed, señora,
que el hombre que hoy os socorre
sacaros ha de esta torre
antes que luzca la aurora.

AUR. Vuestro nombre he de saber
y quién os manda, ó salid.

DIEN. ¡Por vuestro bien, advertid
que no hay tiempo que perder!
Conque así no receleis,
ni abrigue vuestra alma el miedo,
pues yo deciros no puedo
lo que vos saber quereis.
Con el ayuda de Dios
la libertad os daremos,
Pero todos nos perdemos
si no nos ayudais vos.

AUR. Bien, partamos.

- DIEN. Aun no es hora.
Mi gente está prevenida;
la hora de la partida
no se hará esperar, señora.
- AUR. ¿Qué debo hacer?
- DIEN. Esa mesa
espera al gobernador.
- AUR. Lo sé.
- DIEN. Os hablará de amor.
- AUR. Por mi mal.
- DIEN. Mucho interesa
que vos su amor no esquivéis.
- AUR. Eso nunca.
- DIEN. De ese modo,
señora, se pierde todo.
- AUR. ¡Nunca!
- DIEN. Pues nunca vereis
á vuestro padre.
- AUR. ¡Gran Dios!
- DIEN. ¿vienes en su nombre?
- AUR. Sí.
- DIEN. Entonces consiento.
- AUR. Aquí
me quedo á velar por vos,
oculto tras la cortina.
- DIEN. Y ¡ay! de él...
- AUR. Mas, ¿cuándo será
la fuga?
- DIEN. Cuando se oirá
el toque de una bocina.
- AUR. Si me salvais, Dios el bien
os premie cual mereceis.
- DIEN. Amen. *(Quitándose la gorra.)*
- AUR. Mas si me vendeis,
que Dios os castigue.
- DIEN. Amen.
- AUR. — Pasos oigo.
- AUR. En vos confío.
- DIEN. Fingid.
- AUR. ¡Quién fingir pudiera!
- DIEN. *(Se dirige hacia el reclinatorio.)*
(Yo matarle no quisiera)

en esta sala, Dios mío.)
(Dient se oculta detrás de la cama. Aurora se arrodiilla delante del reclinatorio. Momento de pausa. Gaston, entra por la puerta de la izquierda, y se queda contemplando á Aurora.)

ESCENA IV.

DICHOS, GASTON.

GAST. ¡Cuán bella! ¿Labradora?
 AUR. *(Levantánlose.)*
 ¿Quién es?...
 GAST. El miedo deja.
 Vengo de paz.
 AUR. Marchaos.
 GAST. No esperes que obedezca.
 AUR. ¿Qué quereis, pues?
 GAST. Servirte,
 porque eres tú mi reina.
 AUR. ¿Servirme?
 GAST. ¿Qué te extraña?
 AUR. *(Ap.)* ¡Ay que fingir es fuerza!
 GNST. Ven á cenar conmigo.
 AUR. Señor, me da vergüenza.
 GAST. Pues yo la confianza
 pongo en tu mano bella.
(Va á cogerle la mano.)
 Un beso...
 AUR. *(Retirándola.)* ¡Atras!
 GAST. ¿Me esquivas?
 AUR. ¡Yo muero de vergüenza!
 GAST. Hermosa labradora
 el ceño esquivo deja,
 que de tu rostro encubre
 la mágica belleza.
 ¿Callas?... ¿no te merezco
 ingrata, una respuesta?
 AUR. ¿Y qué quereis que os diga
 la ruda montañesa?
 GAST. Que sientas lo que siento.

- AUR. Yo siento... mas mi lengua,
no encuentra las palabras
que el sentimiento expresa.
- GAST. Pues yo enseñarte quiero.
- AUR. ¿De veras?
- GAST. Si, de veras.
- AUR. Siéntate aquí.
- GAST. Me siento.
- AUR. Aquí yo.
- GAST. No tan cerea.
- AUR. ¿Qué esquiva!
- GAST. Vos que amable!
- AUR. Te adoro.
- GAST. Buena es esa.
- AUR. Tu eres mi bien.
- GAST. Caramba!
- AUR. Que va á tirar la mesa.
(Aurora se separa de la mesa, Gaston, aprovechando el momento, vierte en una de las copas el contenido de una redomita que sacará de su escarcela. Luego llena las copas de vino.)
- GAST. Coge esa copa, apura
su delicioso nectar,
brindando por la gloria
del ser que tú mas quieras. *(Pausa)*
¿No brindas?
- AUR. *(Es preciso que no recele.)* Venga.
Ya bebo *(por mi padre.)*
- GAST. *(Ya es mía.)* Si tú te dejas
que esas divinas gotas
que el ámbar de tus labios
ha convertido en perlas,
mi boca enamorada
mil y mil veces beba,
yo te daré...
- AUR. Apartaos.
- GAST. De tí el rigor deshecha.
¿No me respondes?
- AUR. Idos,
dejadme.

GAST. ¡Quién pudiera
obedecerte, ingrata!
Oye: si mi amor premias,
yo te daré vasallos,
hombres y riquezas.
Dime lo que ambicionas,
dime lo que deseas;
¿quieres que cien juglares
te canten á tu puerta,
que en zambras y en torneos
y en perezosas fiestas
celebren tu hermosura,
pregonen tu belleza?
¿Quieres que cien esclavas
tus ocios entretengan?
¿Quieres que mis soldados,
te acaten como á reina?

¡Amame y todo es tuyo,
y aun mas!.. si mas deseas.
(Gaston se habrá ido aproximando poco á poco hácia Aurora, esta, que siente los efectos del narcótico, habrá empezado á demostrarlos desde los primeros versos. Gaston, la coge por una mano, ella se levanta, Diente, aparece con la daga desnuda, detras del lecho, y va aproximándose hácia ellos.)

AUR. Mi vista se oscurece,
¿qué es esto? ¡todo rueda
en rededor! y el sueño
tenaz mis ojos cierra.
(Con un grito.) ¡Dejadme!

GAST. ¡No!
AUR. Yo muero.

Soltad.
GAST. El miedo deja.
AUR. Soltad. *(Se deshace de él.)* ¡Favor! ¡Socorro!
¡Ay!

(Cae reclinada sobre el oratorio. Gaston se abalanza hácia ella. Diente levanta el puñal para herirle, á cuyo tiempo se oye un clarín. Gaston se detiene, Diente se oculta detras de las cortinas de la alcoba.)

GAST. Un toque de alerta.
¿Qué será? pasos siento.
(Se aproxima á la puerta.)
suben por la escalera.
¿Quién podrá ser?

ESCENA V.

DICHOS, BLAS.

GAST. ¡Motilla!
¿Qué ocurre?

BLAS. Malas nuevas.
señor, el emisario
que de Sevilla llega,
dice que hablaros quiere
de asuntos que interesan.

GAST. Mañana ocuparéme
de asuntos de la guerra,
ahora no puedo. Mira.

BLAS. ¿Duerme?

GAST. Si.

BLAS. Tiempo os queda
para el amor. Conviene
que dispongais las fuerzas
que en seguimiento salgan
de aquellos que os afrentan.

GAST. ¡A mí!

BLAS. A vos.

GAST. Acaba.

BLAS. Las credenciales vuestras
robaron unos hombres
al portador de nuevas.

GAST. ¿Y en dónde? ¡Vive Cristo!

BLAS. En la arrabal del Zegra.

GAST. ¡Tiemblen sus habitantes!

GAST. ¡Me roban mi nobleza!

Como esos pergaminos

hoy mismo no parezcan,

sus tortuosas calles

convertiré en pavesas.

Al punto, buen Motilla,

Un tal vez tomado lenguas
mis corredores, sepan
á dónde se hallan, corre.
BLAS. En tiempo de revueltas,
pensad, señor, que es fácil
que á mí no me obedezcan.
GAST. ¡Vamos!
BLAS. Señor; ¿y Aurora?
GAST. Ahí está bien. Que duerma.
BLAS. Aun antes que despierte
podeis tornar á verla.
(Vânse por la primera puerta. Diente sale, reconoce la escena, y dice:)
Nunca: pues de la jaula
yo voy á abrir la puerta
para que libre vuele
la alondra prisionera.
(Corre á la puerta secreta, y desaparece por ella, poco despues entra trayendo á Diana de la mano. La conduce á donde está Aurora, y cogiendo una luz dirá el primer verso alumbrando la cabeza de Aurora.)

ESCENA VI.

DIANA, DIENTE, AURORA durmiendo.

DIEN. ¡Miradla!

DIANA. ¡Oh! ¿Duerme?

DIEN. Sí.

DIANA. ¡El la ama! ¡Oh! ¡Dios, qué bella!

¡La ama! mas su mala estrella
conduce á Diana aqui.

Dime, ¿él no debe faltar
á la cita?

DIEN. No.

DIANA. ¡Oh placer!

En hacerle padecer
cuanto, cuanto he de gozar.

Mas tú te la llevarás,

¿no es cierto?

DIEN. Mi intento es ese.

DIANA. ¿Y él?

DIEN. El... aunque le pese
ya no la verá jamás.

DIANA. Llévatela, ya en el fondo
del pecho brota el deseo
de venganza, y si la veo
mucho, de mí no respondo.

DIEN. Salid, salid ya los dos,
sola, sola estar ansio.

DIEN. ¡Providencia, en tí confío!
Protéjeme. Adios.

*(Coge á Aurora en sus brazos, y desaparece
por la puerta secreta.)*

DIANA. Adios.

ESCENA VII.

DIANA, sola.

Va á venir, me vuelvo loca
cuando pienso que ese infame

no quiere que yo reclame
el derecho que me toca:

Si, yo le debo humillar.

Reirme de él, insultarle...

Si á España vine á matarle,

¿por qué no le he de matar?

¡Yo di en mi seno abrigo

á esa pasión!... Me sonrojo;

insensato amor, te arrojo

de mi ser! Yo te maldigo.

No viene... olvidarle quiero:

si el infame me aborrece,

si odio y desprecio me ofrece,

pagarle con ódio quiero.

Su eterna sombra he de ser

en la guerra y en la orgia,

y si muere, en su agonía

con la muerte me ha de ver.

Cuanto tarda... si despues

de tanto afan no viniera.

¡Ah!.. no hay duda, en la escalera
siento pasos.

(Corre y mira por la cerradura.)

¡Oh! si, él es.

*(Se arrodilla delante del oratorio quedando
de espaldas á la puerta.)*

ESCENA VIII.

DIANA arrodillada, MOSSEN GASTON.

GAST. Ladrones que solo roban
mis titulos de nobleza,
por la gloria de mi padre,
que encontrarlos me interesa.
Pero... ¿y Aurora? Qué diablos,
cuando un ángel nos espera
todo se olvida. Hoy gocemos
y mañana á la pelea.

*(Se dirige al oratorio, y al ver á Diana re-
trocede.)*

¡Diana!

DIANA. *(Soltando una carcajada irónica.)* ¡Já!.. ¡já!

GAST. *(Redoblando su asombro.)* ¡Diana!

DIANA. *(Continua riendo.)* ¡Já!... ¡já!...

GAST. ¡Tú!... Tú.

DIANA. *(Con desprecio.)* ¡Miserable!

Yo soy.

GAST. *(La coge de un brazo, la conduce junto á la
lámpara del oratorio, y allí, despues de
cerciorarse de que es ella, la arroja lejos
de sí con rabia.)*

¡Oh! ¡Maldita seas! *(Pausa.)*

¿Pero y Aurora, y Aurora?

DIANA. La salvó la Providencia.

GAST. Viéndolo estoy y lo dudo.

¡Tú aqui!

DIANA.

¿Te causa extrañeza?

¡Oh! me parece imposible
que tantas infamias quepan
en el corazon de un noble
que por el honor pelea.

¿Pero tú noble? ¡Mentira!

- Tú deshonras la nobleza.
GAST. ¡Ay del traidor que ayudó
su fuga! ¡Ay de tí, ay de ella!
Si los nombres de los cómplices
al momento no revelas...
(*Desnudando la daga. Diana retrocede,
coge un cuchillo de la mesa y se coloca de-
lante de él.*)
- DIANA. Insensato ¡atras! La oveja
que humilde lamió tu mano
se ha trasformado en pantera.
¡Aun callas!.. ¡ira del cielo!..
(*Se queda mirándole con orgullo. En este
momento se oyen fuertes golpes en la pri-
mera puerta de la izquierda, acompañados
de gritos y carcajadas. Diana y Gaston se
quedan inmóviles. Pausa.*)
- ROL. (*Desde afuera.*) ¡Capitan! soy yo.
GAST. (*Cogiendo á Diana por un brazo.*) ¡Silencio!
ROL. (*Fuera.*) ¡Qué diablos! abrid la puerta.
Abrid, conocer queremos
á la hermosa prisionera.
- DIANA. ¡Já!.. ¡já! (*Con fuerza.*)
GAST. ¡Oh, callad! (*Diana sigue riendo.*)
VAR. VOZ. (*Fuera.*) ¡Já! ¡já!..
GAST. (*Ap.*) ¡Oh! ¡si á mi mujer encuentran!
DIANA. ¿No te agrada?
GAST. Estas cortinas
pueden ocultarte; entra.
- DIANA. No.
GAST. ¡Ay de tí si esos hombres
á verte, Diana, llegan!
VOZ. (*Fuera.*) ¿Aun no abris?
GAST. ¡Oh, vive Cristo!
¡Obedeced! (*Empujándola hacia la alcoba.*)
DIANA. Pues bien, sea.
Mas luego...
GAST. Ni una palabra.
¡Silencio!
(*Oculto á Diana en la alcoba, corre las cor-
tinas, se dirige á la puerta, la abre y dice.*)
Entre el que quiera.

ESCENA IX.

DICHOS, SIR ROLANDO, el SR. DE TOVAR y CABALLEROS.

TOVAR. ¡Nadie!

GAST. ¿Qué ocurre, señores?

TOVAR. ¿Haceis el desentendido?

ROL. Por Cristo, que está alto el nido
del ángel de los amores.

GAST. ¿Qué decis?

ROL. ¿Y la aldeana?

VARIOS. ¡Já! ¡já!

TOVAR. La que el alma os roba.

GAST. ¿Os burlais?

ROL. (A Gaston.) ¿Está en la alcoba?
No sabrá nada Diana.

TOVAR. Eso sí, que su mujer
no lo sepa, sobre todo.

GAST. Don Fernando, estais beodo:
basta ya.

TOVAR. Yo la he de ver.

VARIOS. Si, si.

GAST. ¡Atras!

ROL. Pues venimos
á ver á la encarcelada.

GAST. La broma es algo pesada.
Salid.

TOVAR. ¿Salir? No salimos
sin admirar la hermosura
que aquí encerrada teneis.

GAST. Y vos... por dónde sabeis...

ROL. Eso ha sido una aventura.

Vos nos dejasteis con pena
fingiéndoos algo indispuesto;

pero nosotros, por esto,
continuamos nuestra cena.

Yo una botella de vino

cogí, la copa acerqué,

fui á destaparla, y hallé

por tapon un pergamino.

Pensad, pues, qué algarabía

cundió por toda la mesa
cuando vimos con sorpresa
que el pergamino decia:
«Vuestro noble capitán
se halla en esta misma hora
amando á una labradora
en la torre de San Juan.»
Todos dijimos ¡Hossana!
¡Tras del festin el amor?
Con que aqui, gobernador,
nos teneis. ¿Y la aldeana?
Señores, me cansa ya
la broma.

TOVAR. Dejadnos ver...
GAST. Es inútil, no ha de ser.
¡Salid!
(En este momento Diente, que habrá estado confundido entre los caballeros, coge las cortinas de la alcoba, tira fuertemente de ellas, vienen al suelo, y descubre á Diana. Asombro general.)

ROL. }
TOVAR. } ¡Su esposa!
DIEN. *(En el centro del teatro con las cortinas en la mano.)*

¡Já! ¡já!..
GAST. *(Se lanza sobre él e imprime fuertemente su mano sobre el rostro de Diente.)*
¡Miserable!

DIANA. ¡Gaston!
DIEN. ¡Oh!
(Lanza una mirada feroz á Gaston, arroja las cortinas, se abalanza sobre él, mas haciendo un esfuerzo sobrenatural, lleva las manos á su rostro y dice con ira reconcentrada.)

¡Imbécil! ¿qué vas á hacer?
(De repente y manifestando una gran estupidez.)
¡Já! ¡Já! ¡Já!.. ¡Pobre mujer!
¡Reid!.. ¡reid como yo!..
¡Ay! ¡Aqui la sangre brota!

(Tocándose la mejilla.)

Me hace mucho, mucho daño
pero reid, no es extraño,
riaís si llora el idiota.

Nas no... ¡silencio!.. ¿No es cierto
que siempre el simple lo paga?

¡Me va á matar!.. ¡Una daga!

¡Socorro!.. ¡socorro al muerto!

Vedle, se acerca, allí está.

GAST. ¿Quién?

DIEN. Si no obedezco muero.

Sube, no; ¡sube! no quiero.

—¡Pues muere!

GAST. ¿Qué escucho?.. ¡Ah!

Tal vez el simple posea

de este secreto la llave.

DIEN. Rompe;—ya voy—si lo sabe

me mata; ¡maldito sea!

GAST. ¡Quién!

DIEN. ¿Quién?.. El que me dijo

corre, y rasga esa cortina.

(Gaston á los caballeros.)

¡Salid! Mi mente ilumina

el simple, salid, lo exijo.

(Vánse los caballeros.)

ESCENA X.

DIENTE, GASTON, DIANA.

GAST. ¡Tengo sed de sangre! ¡Orad

por vuestra alma, señora!

(Conduce á Diana junto al reclinatorio y la

arrodilla allí; se dirige á Diente y le con-

duce bruscamente al próscenio.)

A mis preguntas ahora

responde con claridad,

y si tu lengua se olvida

del detalle mas pequeño,

óyeme bien: soy tu dueño.

DIEN. ¿Y qué?

GAST. Perderás la vida.

- ¿Quién te mandó descorrer
la cortina?
- DIEN. ¡Chist! Motilla.
- GAST. ¡Ah!...
(Le coge y le dice á media voz.)
- DIEN. Te daré una ropilla
me dijo, y es menester
que tu cumplas puntual
todo lo que vas á oír;
pero me hacia reír
viéndolo hablar tan formal.
- GAST. Prosigue.
- DIEN. Luego... quisiera
recordar bien y me ofusco.
- GAST. Busca en tu mente.
- DIEN. Yo busco...
¿Qué busco? ¡Ah! una escalera
estrecha, larga, sombría,
y allí sabe que te sube,
pero cuando arriba estuve
busqué puerta... y no la habia.
- GAST. Luego.
- DIEN. ¿Luego?.. ¿En dónde estaba?
- GAST. En la escalera.
- DIEN. Eso es.
- Despues...
- GAST. ¿Qué?
- DIEN. Despues, despues...
No... Si... Ya no me acordaba.
Allí la daga sacó,
y la punta introduciendo
en la pared, fué cediendo
poco á poco, al fin se abrió.
Entró luz y lancé un grito,
pero él me tapó la boca
diciendo: «callar te toca»
ó ¡ay! de tí, simple maldito...
Luego mi cuello apretando,
dijo: «oye, perro dogo,
ó cumples fiel ó te ahogo»
—Mandad, le dije temblando.
—¿No veis aquel lecho?—Si.

—Pues su cortina es preciso
que descorras, yo sumiso
le dije.— No veis que allí
está el capitán.— ¡Que esté!
Nuestros ojos se encontraron,
y aunque una vez me mataron
otra vez morir pensé.
Tuve miedo, sentí un frío.
dos muertos juntos... ¡já! ¡já!
No es extraño.

GAST.

Acaba.

DIEN.

Ya,

ya concluyo, ya no río.

GAST.

¿Y luego?

DIEN.

Luego el villano

me hizo entrar, así no entrara,
y no tendría en mi cara

las señales de tu mano.

¡Já! ¡já! ¡já! quién me dijera

que allí estaba tu mujer,

que la quieres conocer,

mírala bien, esa era.

¡No la ves, se oculta allí,

ahora recuerdo que mi madre,

mi madre lo mismo hacia!..

¡lo mismo!.. lo mismo, si.

Mira... su mano, sujeta

el puñal. ¿La matará?

dime.

GAST.

Silencio.

DIEN.

¡Já! ¡já!

(Se queda señalando con el dedo á Diana.)

GAST.

Si, por la puerta secreta

huyeron, pero confío

hallarles.

DIANA.

¡Oh! Me da miedo

su mirada.

GAST.

Bien, aun puedo

vengarme. Su sangre ansio

(A Diana.) Oye: sobre tu mejilla

yo descargué mi furor.

DIEN.

¡Aqui!

- GAST. Si tienes valor,
te vengaré de Motilla.
- DIEN. ¡Ah! *(Con gozo.)*
- GAST. ¿Qué?
- DIEN. *(Reprimiéndose.)* ¿Qué?
- GAST. Creí.. Es razor
que pague su atrevimiento.
- DIEN. ¿Como?
- GAST. Le darás tormento,
oirás su declaración.
- DIEN. ¿Mucho?
- GAST. Hasta que muera.
- DIEN. Amen.
- Otro muerto mas, ¡bien vá!
(Ap.) Si declara morirá,
sino declara tambien,
- GAST. Vamos, coge esa bujia.
- DIEN. Soy de los muertos la tea.
- ¡Paso! ¡Qué cara tan fea
pondrá el pobre en la agonía!
- DIANA. ¿Me dejas?
- GAST. ¡Vuestra arrogancia
castigo con la clausura,
hasta que gente segura
os vuelva á llevar á Francia.
Y ya que imprudente y loca
me seguís por donde voy,
de mí apartada, desde hoy,
señora, vivir os toca.
- DIEN. ¡No quiero!.. ¡No!.. ¡Por piedad!
- GAST. De vuestro amor insufrible
eso me salva.
- DIANA. ¡Es horrible
vivir aquí! ¡Oh! ¡no!
- GAST. ¡Apartad!
*(Diana corre hácia Gaston, este la rechaza
bruscamente y la arroja lejos de sí, Diana
cae dando un grito, Gaston sale precipita-
do por la puerta primera de la izquierda,
cae el telon.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon de audiencias: al fondo una escalinata que termina con una puerta grande, la cual da paso á la salida de palacio: á derecha é izquierda de esta balcones practicables con puertas vidrieras de color: en los ángulos de la escalera, trofeos de guerra sostenidos por peanas de madera; junto á uno de ellos, una puerta secreta que da paso á la torre: dos puertas laterales á la izquierda; otra á la derecha, que figura dar al jardín: un sillón y una mesa con las armas de Castilla en mitad de la escena.

ESCENA PRIMERA.

MAESSE RUTT, SIR ROLANDO, EL SENOR DE TOVAR, junto al proscenio. Varios caballeros en lo alto de la escalera junto á los balcones.

ROLAN. Es preciso convencernos, señores, esto va malo.

TOVAR. En las márgenes del Nájera todo se perdió.

RUTT. ¡Qué diablos!

Mientras la espada en el cinto
vea pendiente el soldado,
es su deber pelear

- hasta morir.
- ROLAN. Yo soy franco;
contra el príncipe de Gales
mi señor, no desenvaino
mi espada, pues ante todo
soy inglés.
- RUTT. ¡Qué, sir Rolando,
por ventura, no recuerda
el juramento empeñado?
No olvidéis que don Enrique
ha puesto á sueldo ese brazo.
- ROLAN. Nada olvidó, maese Rutt;
pero sabed, por si acaso
lo ignorais, las condiciones
que hice al firmar el contrato.
Yo dije me batiria
bien á pié, ó bien á caballo
con gente de todas armas,
como cumple al buen soldado;
pero que si un día el príncipe
me creia necesario,
podria partir; me llama,
yo me voy, y trato es trato.
- RUTT. Defender á don Enrique
haría yo en vuestro caso,
pues dejarle en la estacada
no es honroso, sir Rolando.
- ROLAN. Vos haced lo que os parezca,
y dejad haga otro tanto.
- RUTT. Al fin inglés. *(Con desprecio.)*
- ROLAN. *(Empuñando la espada.)* ¡Por san Jorje!
- RUTT. ¡Por san Luis!
(Cruzándose de brazos y con altanería.)
- TOVAR. *(Colocándose entre los dos.)* ¡Qué diablos!
no requirais las espadas
mientras nos queden contrarios.
- ROLAN. El me faltó.
- RUTT. *(Con desprecio.)* Si es que os debo,
buscadme, yo siempre pago.
*(Rutt se retira y se sienta en el sillón que
habrá junto á la puerta de la izquierda.)*
- TOVAR. No sabeis que es el mastin

de Gaston.

(Se oyen gritos en la calle, y todos menos Rutt, se asoman al balcon.)

El populacho

se impacienta.

ROLAN.

Amigos míos,

esto va malo, muy malo.

(Sir Rolando, Tovar, y los caballeros divididos en grupos, conversan junto á los balcones.)

ESCENA II.

DICHOS, HECTOR *por la derecha, despues de reconocer la escena.*

HECT. ¡Nada! Tampoco está aquí:
la tierra se la ha tragado.

Rutt sabrá tal vez... probemos.

Fortuna y salud, hidalgo.

(Dándole un golpe en el hombre.)

RUTT. El os la dé cual deseo.

HECT. Gracias. Quiero hablarte.

RUTT. ¿Cuándo?

HECT. Ahora.

RUTT. Empezad, ya eseucho.

HECT. Rutt, tú ya sabes que amo

á Diana como á una hija.

RUTT. Lo sé.

HECT. Sabes que dejando

la Francia, vine á Castilla

con ella.

RUTT. Lo sé.

HECT. Que en vano

la busco.

RUTT. ¿Qué dices?

HECT. Rutt,

tú siempre fuiste el privado

de Gaston... tú saber debes

en dónde está... cuanto valgo

es tuyo... si me revelas...

RUTT. Os engañais, buen anciano,

yo sé tanto como vos,
pues solo soy un soldado
que me alisté á sus banderas :
si me dice mata, mato,
y nunca de sus secretos
he sido depositario.

HECT. Está bien: todos se niegan...

¡Ay de todos si no la hallo!

(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA III.

DICHOS, GASTON, MARTIN LOPEZ, y caballeros por la derecha. Los grupos que se hallaban junto los balcones, se colocan convenientemente por toda la escalera.

GAST. Decid á quién os envía
que cumpliré cual honrado,
pues Lucena será mía
mientras me quede un soldado.

MART. Con vuestra gente podeis
salir, si os place, sin miedo;
libre el paso encontrareis.

GAST. Decidle al rey que me quedo.

MART. Ved, que si la lucha empieza,
para nadie habrá piedad.

GAST. Si apreciáis vuestra cabeza,
el mensaje terminad.

MART. Cumplir le toca á mi honor
lo que mi monarca ordena.

Oid, pues, gobernador,
oid, nobles de Lucena,
En nombre, pues, de mi rey,
el guante de guerra arrojo,
al que no acate su ley.

GAST. Decidle que le recojo,
y que en Lucena le espero.

MART. Dios os guarde.

GAST. El os proteja.

Rutt, al noble mensajero,
seguro en el campo deja.

ESCENA IV.

DICHOS, menos MARTIN LOPEZ y RUTT.

GAST. Señores, del enviado
(*Bajan todos á la escena, y rodean á Gaston.*)

ya escucháseis la amenaza:
nuestro honor está empeñado
en defender esta plaza.
Espero que cual leales
os portéis en la jornada.

ROL. Para el príncipe de Gales
no tiene punta mi espada.

GAST. ¡Qué decís!

ROL. Que soy inglés
y contra ellos no me bato.

GAST. Y nos dejáis.

ROL. Claro es.

GAST. ¡Vive Cristo!

ROL. Ese es el trato.

GAST. Está bien. (Me ahoga el furor.)

ROL. Kin, (*Aparece un soldado en la puerta del fondo.*) reúne á mis arqueros.
(*Váse el soldado.*)

Dios salve al gobernador.

Dios salve á los caballeros.

ESCENA V.

DICHOS, menos SIR ROLANDO, y algunos soldados que
se irán tras de él.

GAST. Don Fernando de Tovar
qué dice de esto.

TOVAR. Yo... digo,
que si no os puedo ayudar,
no seré vuestro enemigo.

GAST. ¡Oh, vos también!
(*Se oyen gritos en la plaza.*)

TOVAR. Escuchad

la plebe como alborota,
luchar es temeridad
cuando es cierta la derrota.

GAST. Es decir, que hoy que mirais
de mi suerte los reveses,
todos de mí os apartais.
(Aparece Rutt por el foro, desde donde
dice.)

RUTT. Todos, menos los franceses.

GAST. ¡Rutt!
(Los caballeros castellanos se apartan de los
franceses. Breve momento de mormullo;
Gaston coge á Rutt y le habla aparte.)

ESCENA VI.

DICHOS, RUTT, Caballeros.

GAST. Rutt, por si la suerte airada,
hoy nos arranca esta villa,
pensemos la retirada.

RUTT. Decis bien.

GAST. ¿Qué es de Motilla?

RUTT. En el tormento la rueda
su infeliz cuerpo tortura,
y aunque aliento no le queda
que es inocente asegura.

GAST. Si no declara... que muera.
¿Quién le vigila?

RUTT. El idiota
se quedó á su cabecera.
(Se oyen gritos en la plaza.)

GAST. ¡Hola! El pueblo se alborota.
Pronto esa turba menguada
de plebeyos vocingleros,
verás huir espantada
delante de mis flecheros.

RUTT. El tiempo no perdamos
porque ya el motin estalla.

TOVAR. Nosotros nos separamos.

GAST. Nosotros á la muralla.
(Desaparecen todos por el fondo.)

ESCENA VII.

(El teatro permanece un momento solo. Poco después sale Diente deprisa, reconoce la escena. Desde este momento se empiezan á oír los gritos del pueblo, y el ruido de las armas muy lejano, de modo que no interrumpa la representación.)

DIEN. ¡Nadie! Perdóname, Dios,
pues quiso su mala suerte
me conociera... y la muerte
se interpuso entre los dos.
Aun creo escuchar su acento.
«Dictad, dictad, que ya os escribo,
mas por Dios sacadme vivo
de las garras del tormento.
Y luego... un grito lanzó;
dijo... ¡Asesino!—¡asesino!...
yo te doy el pergamino
y tú me matas... Murió.
¡Murió!.. Mas si el capitán
le habla, quedo descubierto...
Secretos que guarda un muerto
mejor guardados estan.
¿Y Diana? Pobre mujer,
solo para amar nacida,
allá en la torre... su vida
salvaré, que es mi deber.
Ya la rebelion estalla,
el triunfo pronto confio...
(Asomándose al balcon.)
Pero no es Gaston... ¡Dios mio!
se interpone la canalla...
le corta el paso... ¡imprudente!
les embiste con despecho...
¿De qué me sirve lo hecho
si me lo mata esa gente?
¿Mas cómo salvarle?... ¡Ah!
*(Busca un objeto en torno suyo, y al hallar
la peana que sostiene el trofeo de armas,
lanza un ¡Ah! de gozo.)*

Si... al verse así atacados.
¡Plaza! ¡plaza! ¡Já! ¡já! ¡já!
(*Arroja la peana por el balcon. Crecen los gritos del pueblo. Poco despues entran por el balcon algunos venablos y piedras. Diente se retira. Cesan los gritos.*)
Paso abrieron. ¡Se ha salvado!
Gracias... ¡Jesus!
GAST. (*Entrando. Reconociéndose él mismo, y dice con gozo.*)
¡Nada! ¡nada!
¡Já! ¡já! ¡já! Chusma menguada,
torpe estás, pues me has errado.
(*Cierra el balcon, y se dirige hácia la puerta de la izquierda, por la cual entra precipitadamente Gaston.*)

ESCENA VIII.

DICHO, GASTON.

GAST. Gracias, idiota, la vida
te debo
DIEN. Si... á la peana.
A ella, á ella, que abrió paso
espantando á la canalla.
GAST. ¿Será inútil el arroj
de mis soldados? ¡Oh rabia!
Ea, valor, aun no pierdo
de vencer las esperanzas.
DIEN. Señor, aquel hombre...
GAST. Ah, si,
Motila, ya le olvidaba.
¿Habló por fin?
DIEN. Dijo... dijo...
di á tu amo que no sé nada,
soy inocente... inocente...
y luego, puso una cara,
cual la de los condenados
que nos pintan en las ánimas.
GAST. Concluye.

(Con afán creciente hasta el fin de la escena.)

DIEN. Yo, vuestras órdenes recordando, con cachaza, viendo que nada decia, di media vuelta á la plancha. Entonces lanzó un chillido que hizo retemblar la estancia, yo... di otra vuelta á la rueda él... un ¡ay! profundo lanza. luego... otro ¡ay! inseguro, luego... en su torva mirada otro ¡ay! leyeron mis ojos, pero aquel ¡ay! no sonaba. (Pausa.) ¡Silencio! ¿le ves?... no es él, es su sombra...

(De repente y con cierta repugnancia.)

aparta... aparta...

¿no ois cuál crujen sus huesos como al rajarse una caña?

¿No ves sus yertas pupilas?

Estan secas, no, no hay lágrimas.

(Se queda, señalando al suelo con la una mano, y con la otra le indica á Gaston que calle. Pausa.)

Pero, ¿no ois una voz

honda, imperceptible, extraña?

Pues es la suya.

GAST. Prosigue.

DIEN. Callad... quiere hablar!.. ya habla.

GAST. ¿Pero qué dice?

DIEN. Silencio,

¡chist!... mucho silencio...

GAST. Acaba.

DIEN. ¡Asesino!

(De repente y mirando con fijeza á Gaston!)

GAST. ¿Qué? (Con asombro.)

DIEN. (Preocupado.) ¡Asesino!...

no aprietes mas... para... para,

todo lo diré... no puedo

no, no... las fuerzas me faltan,

(Con precipitacion.)

- una pluma, un pergamino,
pronto... su mano crispada,
luego escribe que te escribe.
- GAST. ¿Y el pergamino?
- DIEN. ¡Y lloraba!
Y en sus órbitas, los ojos
lanzando chispas, giraban.
- GAST. ¡Imbécil! ¿Y el pergamino?
- DIEN. Despues como una campana,
¡pam! ¡pam! resonó su frente
al caer sobre la plancha.
- GAST. ¿Mas y el escrito?
- DIEN. ¡Silencio!
Está durmiendo... descansa.
- GAST. Responde ó mueres.
- DIEN. *(Apretándole la muñeca.)*
(Suplicándole enternecido. Perdon
para ese hombre, gracia, gracia.
- GAST. ¿Pero el pergamino en dónde
está?...
- DIEN. Ah, si, aguarda, aguarda,
corro á buscarle.
*(Se dirige al foro precipitadamente, y de
pronto se detiene, vuelve al proscenio, y
dice con mucha calma y sacando un perga-
mino del pecho.)*
- GAST. Yo creo
que esta debe ser su carta.
- GAST. Dame... ¡qué veo! mis ojos,
mi deseo no me engaña...
¡hija del rey! ¡tres mil doblas!
¿qué mas quieres, esperanza?
- (Lev.)* «Mi vida está en vuestras manos: por
»bella, pues, voy á deciros lo que deseais.
»Supe que Aurora era hija de Don Pedro, y
»os la robé para vendérsela á su padre. Bus-
»cad en Sierra-Morena un valle llamado de
»la Encina, vereis en él una cabaña... allí es-
»tá Aurora. Junto á la cabaña hay una enci-
»na, y oculto en el tronco de esta se halla un
»cofretillo que encierra tres mil doblas de
»oro. Todo os lo doy por la vida... tened pie-

»dad de mí y perdonadme.—Motilla.»
¡Yo estoy loco! ser el dueño
de un tesoro y de una infanta.
Alegria.

DIEN. ¿Qué mandais?

GAST. ¿Tú quieres seguirme?

DIEN. ¿Adónde
he de seguiros?

GAST. A Francia.

DIEN. Si vais vos, irá Alegria.

Vamos.

GAST. No tan pronto, aguarda.

A Rutt hallarás batiéndose

en la puerta del Alcázar:

dile que suba.

DIEN. Voy. *(Se dirige al fondo.)*

GAST. Quieto. *(Deteniéndole.)*

Después coges de mi cámara

dos tabardos, y con ellos

en el corredor me aguardas

que da al jardín... corre...

DIEN. En tanto

rezad por Motilla.

(Le indica la segunda puerta de la izquierda.)

GAST. Marcha.

Bueno es que yo me cerciore

por si este simple me engaña.

(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

DIENTE solo.

El lobo corre hácia el lazo.

Salvemós ahora á Diana.

(Va á salir por el foro derecha, á cuyo tiempo entra Rutt precipitadamente.)

ESCENA IX.

DIENTE, RUTT.

- DIEN.** Hoy, mala cara es la tuya.
RUTT. Idiota, pocas palabras,
que estoy dado á los diablos
y vas á pagar mi rabia.
DIEN. Pues el capitán me ha dicho...
¿qué?.. Ah... si, si... que os llamara...
Esperadle pues. (*Váse.*)
RUTT. Le espero.
Por ahorcar á esa canalla
diera diez años de vida.

ESCENA X.

RUTT, GASTON.

- GAST.** (*Saliendo.*) (*Murió.*)—Rutt...
RUTT. Mal va la danza.
GAST. ¿Qué dices?
RUTT. Ya los contrarios
son dueños de la muralla.
GAST. ¿Qué gente nos queda?
RUTT. Poca,
y esa poca algo asustada.
GAST. Corre, Rutt, di que al momento
se refugien en mi alcázar
para imponer condiciones
á los contrarios.
(*Pausa.*) ¿Qué aguardas?
RUTT. La hora de la derrota,
señor, miro muy cercana.
Por si á ese extremos llegamos,
pensad por donde se escapa.
(*Gritos del pueblo.*)
¿No oís? Cuando canta el gallo
no está muy lejos el alba.
GAST. Esta puerta da al jardín,
por ella, la retirada.

RUTT. Está bien.

GAST. Vamos ahora

á donde el honor me llama.

RUTT. Decis bien, pues; ¡vive Cristo!
que ya los nuestros desmayan.

(*Vánse por el foro izquierda.*)

ESCENA XI.

DIENTE sale por el foro derecha., y se queda observando, y se asoma por la puerta por donde ha salido GASTON, luego la cierra.

DIEN. ¡No puede oirme!... cerremos
por si acaso. (*Cierra la puerta del fondo.*)

¡Oh! si mañana

su suerte traidora al valle
le encamina... calma, calma.

Su esposa, cual yo, en el pecho
profundo rencor le guarda,
como yo tambien espera
el dia de la venganza.

Veamos, pues, hasta donde
llega su odio.

(*Se dirige á la puerta secreta, empuja suavemente un resorte y queda abierta.*)

Diana.

Bajad con tiento, soy yo,
el encubierto.
(*Vuelve á la escena, y se cubre la cara con el antifaz.*)

Si iguala
su enojo al mio, que venga
á la cita, si no á Francia
el sello en blanco del rey
que queda, puede salvarla.

ESCENA XII.

DIENTE, DIANA, precipitadamente por la puerta secreta, DIENTE la cierra.

DIANA. (Saliendo.) ¿Dó está?

DIEN. El enojo calmad.

DIANA. ¡Oh! ¿Por qué me habeis salvado?
¿Por qué no me habeis dejado morir en la soledad?

DIEN. Señora, ¿ignorais la muerte que en la torre os aguardaba?
El hambre.

DIANA. ¡Qué me importaba!

DIEN. Sois digna de mejor suerte.

DIANA. ¿Quién sois vos, que desde ayer tanto afan por mí mostrais?

DIEN. Yo soy el que vos querais.
Mas no hay tiempo que perder.

DIANA. No sé por qué cuando os hablo, me grita una voz «venganza.»
¿Quién ante mi paso os lanza?
¿Quién sois?

DIEN. Un pobre diablo.

No me preguntéis jamás lo que soy, ni lo que fui,
¿no os salvo? ¿no os sirvo?

DIANA. Si.

DIEN. ¿Pues para qué saber mas?

DIANA. De ese porte misterioso mucho empiezo á sospechar

DIEN. Decidme, ¿os quereis vengar?

DIANA. ¡Ah!... ¿de quién?...

DIEN. De vuestro esposo.

DIANA. ¿Que si quiero? No ambiciona nada mas mi corazon,
si por matar á Gaston daria yo una corona.

¡Vengarme! ¡Con qué alegría contemplara su tormento!

¡vengarme de él!... el contento,

- el placer, me mataría.
- DIEN. Pues bien, muy pronto vereis cumplido vuestro deseo.
- DIANA. ¿Será verdad? Oh, no os creo.
- DIEN. Por mi honor que os vengareis.
- DIANA. ¿Y qué debo hacer?
- DIEN. Partir.
- DIANA. Pero él queda en la ciudad.
- DIEN. El parte.
- DIANA. ¿Será verdad?
- DIEN. Parte.
- DIANA. ¿Y á dónde he de ir?
- DIEN. Antes que el alba vecina os muestre su luz serena, estad en Sierra-Morena en el valle de la Encina. Esperadme en la cabaña que hay junto á una cruz bendita.
- DIANA. Mas...
- DIEN. Acudid á la cita.
- DIANA. Pero...
- DIEN. Este hombre nos engaña.
- DIANA. ¡Partir sola! Yo no quiero. ¿Y Gaston?
- DIEN. No receleis; en el valle le hallareis. Buscad á vuestro escudero.
- DIANA. Ved que...
- DIEN. En el valle mañana.
- DIANA. Advertid...
- DIEN. Silencio. Adios. Que nadie mas que los dos sepa que allí va Diana. *(Diente desaparece por la puerta del jardín.)*

ESCENA XIII.

DIANA sola. *Momento de pausa.*

Si lo pasado recuerdo
¿qué extraño es que yo me asombre?

¡Este hombre! ¿Quién es este hombre?
Me vuelvo loca, me pierdo.

Yo no puedo comprender
ese afán por defenderme.

¡Ay!.. yo quisiera entenderme,
y no me puedo entender.

(Se oyen golpes á la puerta del foro.)

¡Lllaman!

GAST. *(Desde fuera.)* Abrid pronto.

DIANA. ¡Oh!

GAST. *(Id.)* Abrid ó voto á Luzbel
que rompo la puerta.

DIANA. ¿Es él?..

¡Él! ¡Él!... ¿Abro? *(De pronto.)* ¿Por qué no?

(Abre la puerta y se retira cubriéndose la cara con el velo. Gaston cierra tras de sí, se dirige al proscenio, y luego repara en Diana.)

ESCENA XIV.

DIANA, GASTON.

GAST. ¡Todo se perdió! *(Reparando en Diana.)*

¡Una dama!

¿Qué quereis? ¿A quién buskais?

DIANA. Sé que sois noble y prestais
amparo á quien lo reclama.

GAST. Esa voz... Ah, yo estoy loco,
llegais por cierto en mal hora.

¡Proteccion! Tal vez, señora,
me hará falta antes de poco.

DIANA. ¿Sois noble, y á una mujer
que os implora desvalida,
no protegéis?

GAST. *(Por mi vida)*
que es ella... No puede ser.)

DIANA. Oh, vuestra alma generosa
se duela de mi amargura.

GAST. Esa voz... esa estatura...
Yo lo sabré.

- DIANA. ¡Atras!
(Gaston le arranca el velo del rostro.)
- GAST. (Pausa.) ¡Mi esposa!
¿Qué es esto? (Asombrado.)
- DIANA. Que Dios socorre
á aquel que con fé le implora,
que Dios consuela al que llora,
que él me sacó de la torre.
Mas tú no conoces, no,
de Dios lo grande, lo bello,
el germen del mal, su sello
en tu corazón grabó.
Pero no, que en tu despecho
al mirarme en tu presencia,
el grito de la conciencia
está rasgándote el pecho.
- GAST. ¡Dios de Dios, y es mi mujer!
- DIANA. Tal vez lloraste mi muerte.
- GAST. ¡Se burla!
- DIANA. ¿Quieres que acierte
lo que pensastes ayer?
- GAST. ¿Esto mas?
- DIANA. Será prudente
dijiste, que Diana muera,
busquemos, pues, la manera
de que lo ignore la gente.
Deja el hierro sangre en pos,
pero si de hambre la mato
nadie lo sabrá... ¡insensato!
¡tú te olvidabas de Dios!
De Dios, cuya excelsitud,
siempre al bien del mal defiende,
de ese Dios que siempre tiende
una mano á la virtud.
Mas tu corazón enjuto
el crimen solo apetece...
planta que entre arenas crece
nunca puede dar buen fruto.
- GAST. Basta, basta: no direis
que paciencia no he tenido:
mas ya que habeis concluido,
razón es que me escuchéis.

(Se oyen gritos y ruido en el interior del palacio.)

Pronto el pueblo de mí en pos,
aquí entrará furibundo;
puesto que uno en este mundo
sobra de nosotros dos,
probaros quiero pardiez
que vos sois quien sobra aquí.

DIANA. ¿Intentais matarme?

GAST. Si,

que os salve Dios esta vez.

(Gaston va á aproximarse hácia Diana, ella retrocede. Se oye un golpe en la puerta del fondo y Gaston se detiene.)

HECT. *(Desde fuera.)* Abrid.

DIANA. Es Hector. Ya veis

cuan pronto Dios me le envia.

GAST. Mas pronta es la daga mia.

DIANA. Seguidme si os atreveis.

(Se refugia en el balcon, el cual cierra tras sí: Gaston se dirige á ella daga en mano. Crecen los gritos del pueblo y el ruido de las espadas. Hector sacude con mas fuerza la puerta del fondo. En este momento sale Diente por la primera puerta de la izquierda, lleva en la una mano los tabardos y con la otra coge el brazo de Gaston y le conduce al proscenio.)

ESCENA XV.

HECTOR fuera, DIANA en el balcon, GASTON, DIENTE en el proscenio.

HECT. Abrid.

DIANA. ¡Socorro!

GAST. ¡Oh!

DIEN. Señor.

GAST. ¿Qué ocurre? *(Bajando al proscenio.)*

DIEN. Todo está listo.

DIANA. ¡Hector!

HECT. Abrid, vive Cristo.

- DIANA. Aquí está el gobernador.
DIEN. Vamos.
GAST. Marcharme de aquí sin matarla... pero, ¡cómo!
(*Voces lejanas del pueblo.*)
PUEBLO. ¡Muera!
GAST. (*Consigo mismo.*) Si al balcon me asomo peligra mi vida.
(*De pronto, mirando á Diente, como el que halla una idea salvadora.*)
¡Ah! si.
En él mi venganza miro.
Oye. (*Le habla al oído.*)
PUEBLO. (*Mas cerca.*) ¡Muera!
HECT. Abrid la puerta.
DIEN. ¡Ah! ¿Conque despues de muerta por ese balcon la tiro?...
GAST. Si.
DIEN. ¿Dónde me esperareis?
GAST. En el jardin... ¡mátala!
(*Váse por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVI.

DIENTE, DIANA en el balcon. HECTOR fuera. Diente despues de reconocer la escena se dirige precipitadamente al balcon, lo abre, y conduce á Diana bruscamente hasta la mitad del teatro.

- DIEN. ¡Chist!... ni una palabra.
DIANA. (*Con terror.*) ¡Ah!
¡socorro!...
(*Queriendo desasirse de las manos de Diente.*)
DIEN. (*Sacando un pergamino del cinto.*) ¡Oh! No griteis,
pues labrais vuestra ruina:
tomad, este pergamino
franco os abrirá el camino
hasta el valle de la Encina.
(*Le entrega un pergamino y se va precipi-*

tadamente por la puerta que conduce al jardín, cerrándola tras sí. Diana se queda en el centro del teatro asombrada.)

ESCENA XVII.

DIANA, HECTOR.

DIANA. ¡El idiota!

HECT. *(Cae la puerta del fondo y aparece en ella.)*

Maldición!

Diana. *(Asombrado.)*

DIANA. *(Dando un grito.)* ¡Ah!

(Entra Hector con un hacha de armas en la mano. Diana le coge y le conduce hasta la primera puerta de la izquierda. Allí le dice con desesperacion.)

DIANA.

Hector, corramos.

HECT.

Rutt murió.

DIANA.

¿Qué importa? Vamos.

HECT.

¿A dónde?

DIANA.

Tras de Gaston.

(Los dos empujan la puerta deesperadamente.)

¡Dios mio!...

HECT.

¡No puedo mas!...

VOCES.

(Cerca.) ¡Viva el rey don Pedro!

(Hector escuda á Diana con su cuerpo, tomando una actitud amenazadora. Martin Lopez y soldados aparecen en la puerta del fondo. El pueblo entra por los balcones, armado de piedras, venablos, picas y toda clase de armas. Diana, que habrá leído el pergamino que le entregó Diente, dice lanzando un grito de gozo:)

¡Oh!

DIANA.

MARTIN.

Rendios. *(Desde lo alto de la escalinata.)*

HECT.

Rendirme, no.

Morir, sí.

(Los soldados á la gente del pueblo, que habrán ocupado hasta este momento la escalina.)

nata, hacen un movimiento como para lanzarse sobre ellos. Diana se adelanta, agitando el pergamino, y dice con imperio.

DIANA.

¡Atrás!

De vuestro rey y señor
esta órden examinad.

(Todos quedan inmóviles. Martin Lopez se adelanta, fija los ojos en el papel, y quitándose la gorra, dice con vasallaje.)

MARTIN.

¡El sello del rey!... Pasad.

(Todos abren paso, y se descubren. Diana coge á Hector de la mano y pasa precipitadamente por entre los soldados y la gente del pueblo, diciendo á Hector.)

DIANA.

Corramos tras de mi amor.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

AURORA y FERNANDO *aparecen sentados á la puerta de la cabaña.*

AUR. Prosigue.

FERN. Pero, ¡ay! las fuerzas
me faltaron, sin aliento
al pié de esa vieja encina
rodó exánime mi cuerpo.
Lo que despues sucedió,
señora, decir no puedo,
solo sé que al recobrar
la razon, me hallé en mi lecho.

AUR. ¿Pero, y tu herida?

FERN. Mi herida,
no ofrecia ningun riesgo.
Torpe el asesino, erró
el golpe...

AUR. Dichoso yerro.

FERN. Si por Dios, que á dar mas bajo,
por quien soy que no lo cuento.

AUR. Pero quien os socorrió
en trance tal.

FERN. Supe luego
que atraídos por las voces
de mi hijo, un jóven mancebo
y un anciano en nuestra ayuda
solicitos acudieron.

AUR. ¿Y tú les vistes?

FERN. ¡Ah! no,
y á fé que mucho lo siento,
pues despues de Dios, tan solo
á ellos la vida debemos,
que un bálsamo me dejaron
con el cual á poco tiempo
me enconrré restablecido.

AUR. Tal favor les premie el cielo.
¡Oh! desde hoy todas las noches
rezaré por los viajeros.

FERN. Curado al fin, Juan me dijo:
padre, estais bueno y os deajo.
Mi honor me llama á Lucena,
y esta noche partir debo.

—«Piensa lo que haces,» le dije.
—Ya sé que la vida arriesgo,
me contestó, pero mi honra
vale mas que ella, y la pierdo
quedándome aqui; en mis manos
puso su hija el rey don Pedro,
y pues á mí me la roban,
robarla á mi vez espero.
Yo tambien parto contigo,
le dije, que aunque soy viejo,
ni ha de faltarme el valor,
ni ha de detenerme el miedo.
Luego partimos.

AUR. Llevando
á fin, pues libre me veo
en este valle, tan noble
y atrevido pensamiento.

FERN. ¿Si vierais con qué ansiedad
espere en aquel estrecho
corredor vuestra llegada,
por vos y por Juan temiendo...
listo el oido... la daga

- en la mano... pero al veros
en los brazos de mi hijo
desmayada, tuve miedo...
salvada me dijo Juan.
Salvada, padre, os la entrego
y desapareció, en mis brazos
dejándoos, tal fue el contento
de este anciano, que creyó
morir.
- AUR. Yo nada recuerdo,
pues recobré la razón
ya muy cerca de estos cerros.
Y ahora, vamos, ¿a que no
aciertas lo que deseo?
- FERN. ¿Correr por el valle?
- AUR. ¡Quita!
- FERN. Descansar.
- AUR. Tampoco eso
- FERN. Pues vaya, por descubierta.
- AUR. ¿No lo aciertas?
- FERN. No lo acierto.
- AUR. Ver á mi padre.
- FERN. Mañana
le vereis.
- AUR. Qué ganas tengo
de contarle...
- FERN. Ahora, hija mía,
ya retirarnos debemos
que está algo entrada la noche
y os puede hacer daño el fresco.
- AUR. Al contrario, aquí respiro
mejor, todos los objetos
que me rodean me encantan,
me halagan, me dan contento.
Limpia la luna riela
en la mitad de los cielos,
perlas tornando á las hojas
la plata de sus destellos.
El aura leda murmura,
y en su delicado seno
viene el ámbar que á las flores
robó con un dulce beso.

FERN. ¿No escuchasteis?
(*Se oye el toque de una vocina.*)
AUR. No.
FERN. ¿Y ahora?
(*Se repite el toque.*)
AUR. Se oye de una trompa el eco...
FERN. Ellos son.
AUR. ¿Ellos?
FERN. Señora,
Esperadme, pronto vuelvo. (*Váse por el foro.*)
AUR. ¿Será Diente? ¡Oh, si! no hay duda.
¿Y si él no fuera?.. Yo temo...

ESCENA II.

AURORA, FERNANDO, MARTIN LOPEZ, *en el fondo.*

MART. ¿Fernando?
FERN. ¿Quién va?
MART. Martin.
FERN. Adelante, buen mancebo.
(*Bajan al proscenio.*)
AUR. ¡Ah! ¿sois vos?
MART. El cielo os guarde.
FERN. ¿Y qué es de Juan?
MART. Aquí le espero.
AUR. ¿Visteis á mi padre?
MART. Si.
Rey en Castilla le dejo,
y al Bastardo que confunda
Dios, hácia Francia huyendo.
AUR. Respiro.
MART. Fernando, vamos
á lo que importa, muy luego
acudirán á este valle
guiados por el cabrero
Ambrosio, una mujer
joven y un soldado viejo.
Llamarán á vuestra choza,
les dareis alojamiento.
FERN. Lo haré así.
MART. Tardar no pueden.

FERN. Entremos si os place.

AUR. Entremos.

¿Vos no entráis?

MART. En ese bosque

vecino, mi gente tengo.

Soy capitán, mi deber
me obliga á velar con ellos.

AUR. Sea así.

MART. Pronto, señora,

á Sevilla os llevaremos.

AUR. ¿Cuándo?

MART. Cuando el alba asome.

AUR. Pues en la choza os espero.

ESCENA III.

MARTIN, LOPEZ, y tres soldados.

MART. Ya sabéis lo convenido.

Ay del que al sueño se entregue

en cuanto á este valle llegue;

ojo abierto y fino oído.

Nada que decirme queda.

Esta rama es la señal

(Martin coge una rama del monte y la coloca en los brazos de la cruz.)

de mi arribo, cada cual

se oculte por donde pueda.

(Los tres soldados se ocultan detras de las primeras rocas del fondo.)

Por un atajo, hasta aquí

les conducirá el cabrero,

mas por si llega primero

Diente, velaremos, si.

(Se oye una cancion que va aproximándose poco á poco.)

AMB. *(Cantando.)* «El bastardo Don Enrique

y su esposa Doña Juana

han perdido la corona,

en las orillas del Nájera.»

MART. Ellos son, Ambrosio canta,

velemos.

(Váse por el foro izquierda. Pocos momentos despues, salen por la derecha Ambrosio, Diana y Hector.)

ESCENA IV.

DIANA, HECTOR y AMBROSIO.

- AMB. Si, buen anciano,
dice un refran castellano:
«Quien canta, su mal espanta.»
- HECT. ¿Y le espantas tú?
- AMB. Mi dueño,
no es que pesares posea,
mas cuando escarabajea
entre mis ojos el sueño,
lo mejor es el cantar.
- DIANA. ¿Es este el valle?
- AMB. Si á fé.
- DIANA. Pues yo he estado aqui, y no sé
cuando.
- HECT. Podemos entrar
en la cabaña, señora.
Larga ha sido la jornada
y estareis muy fatigada.
- DIANA. Bien estoy; dime, la aurora
tardará mucho en lucir?
- AMB. (Mirando al cielo.)
En breve su luz la loma
bañará del monte.
- DIANA. (Dándole dinero.) Toma.
- AMB. Gracias.
- DIANA. Ya te puedes ir.
- AMB. ¿Quedó satisfecha el ama
de mí?
- DIANA. Si, vete.
- AMB. Me voy.

(Váse por la izquierda. Diana se queda
junto á la cruz. Hector la mira, se acerca á
ella, le aparta las manos de la cara, y dice.)

ESCENA V.

DIANA, HECTOR.

- HECT. ¿Lloras? Diana, viendo estoy
que aun tu corazon le ama!
- DIANA. ¡Oh, no! Le odio, le aborrezco:
- HECT. Tu llanto ocultar pretendes,
y al ocultarlo te vendes.
Llora pues, te compadezco.
- DIANA. ¡Ay! Hector, ya no le quiero;
si, ya le odio, le maldigo,
yo no sé lo que me digo,
pero yo sé que me muero.
- HECT. ¿Al verte bañada en llanto
quién tu amar habrá que ignore?
- DIANA. ¿Cómo quieres que no flore?...
soy mujer... ¡le amaba tanto!
Si, yo no puedo olvidar
al primer hombre que un dia
vino á decirme que habia
otro aire que respirar.
¿Qué valen, pues, sus agravios
para aborrecerle, Hector,
si el primer beso de amor
me está quemando los labios?
Beso que deja detrás
todo lo grande y lo bello,
que imprime en el alma un sello
que no se borra jamás?
- HECT. Bien está. Ya mas no arguyo,
haz, pues, lo que mas te cuadre;
hasta hoy te serví de padre,
desde hoy seré siervo tuyo.
Adios, de ese amor maldito
si gue llorando las quejas.
- DIANA. Hector, ¿conque así me dejas
cuando mas te necesito?
Y si me falta un consejo
y un pecho para llorar,
¿en dónde lo podré hallar?..

- HECT. En el seno de este viejo.
DIANA. Hector. (*Arrojándose en sus brazos.*)
HECT. Vamos, hija mia,
¡qué diablos! calma tu pena.
Dios de tí, pues eres buena,
se ha de apiadar algun día.
Mas ya la noche se pasa,
y estar aqui no debemos.
DIANA. Pues llamemos.
HECT. Si, llamemos.
DIANA. ¡Ay de mí!
HECT. (*Llamando á la cabaña.*) ¡Ah de la casa!

ESCENA VI.

DICHOS, FERNANDO.

- FERN. ¿Qué se ofrece, buen amigo?
HECT. Guárdeos Dios.
FERN. ¿Y á vos, señora?
DIANA. Decidnos si hasta la aurora,
nos podreis ceder abrigo
en vuestra choza.
FERN. Pasad,
que á nadie niego mi techo;
buena lumbre y mejor lecho
hallareis.
DIANA. La caridad
os premie Dios.
FERN. Así sea.
DIANA. Entren, que ya aguarda el fuego.
¡Dios mio! Mátame luego,
pero deja que le vea.
(*Entran los tres en la cabaña.*)

ESCENA VII.

(*El teatro permanece un momento solo; poco despues aparecen en lo alto del fondo DIENE y GASTON. Diene lleva una linterna sorda.*)

- DIEN. ¿Este será el valle?
GAST. Si.

Dáale á esa linterna luz.
La encina... bien... una cruz...
bien... la cabaña está allí.
Al pié de este árbol murió
Diente.

DIEN. (*Sentándose junto á la cruz.*)
Ya no puedo mas.

GAST. Arriba por Barrabás.

DIEN. ¿Qué? ¿Llamo?..

GAST. Quieto. Aun no.
(*Gaston reconoce la escena y vuelve.*)

Nadie. Bueno es ser prudente.

DIEN. (*¿Habrán llegado?*)

(*Mirando alrededor con recelo.*)

GAST. ¿Has oído?

DIEN. ¡Chist! Señor (*Escuchando.*)
me ha parecido...

GAST. ¿Qué?

DIEN. (*Cogiéndole por la mano, y señalando con la
otra la cabaña.*)

Que allí debe haber gente.

(*Gaston se dirige á la cabaña, y mira por
la cerradura.*)

GAST. ¡Oh, no me ha engañado, es ella!

DIEN. (*La impaciencia me devora.*)

GAST. ¿Quién al verla, no la adora,

quién, Dios mio, si es tan bella?

(*Diente reparando en una rama de arbusto
que habrá en los brazos de la cruz.*)

DIEN. ¡Ah! esta rama... es la seña...
ahí estan.)

GAST. ¡Quién!

DIEN. ¡Já! ¡já! ¡já!

El cuervo.

GAST. Silencio.

DIEN. (*Señalando al fondo.*) Allá.

allá... sobre aquella peña.

GAST. El tiempo es corto, y no quiero

que aqui me sorpenda el dia.

Acabemos. Alegria? (*Llamando á Diente.*)

DIEN. ¡Señor!

GAST. Alumbra ligero.

Por lo que ocurrirnos pueda
primero el tesoro... eso es.
Para robarla... despues
tiempo de sobra nos queda.
(*Diente va alunbrando delante de Gaston.*)
La encina que dice, es esta,
pues ostenta el tronco hueco
su viejo corazon seco.
Probemos, nada me cuesta.
¡Imbécil!

DIEN. Señor.

GAST. Acá.

Mete por este agujero
la mano.
(*Señalando al del tronco de la encina.*)

DIEN. ¡Yo!

GAST. Tú.

DIEN. No quiero.

GAST. ¿Qué dice?

DIEN. (*Retrocediendo.*) Me morderá.

GAST. Obedece.

DIEN. Nunca, no.

En otro árbol imprudente
metí el brazo, y la serpiente
que estaba allí me mordió.

GAST. Vive Dios, simple maldito,
que obedeces ó te mato.

DIEN. Si yo estoy muerto.

GAST. Insensato...

Vete, no te necesito.

(*Gaston suèe á una piedra que hay junto á
la encina, y mete el brazo en el hueco del
tronco, quedando en una postura violenta.*)

*Diente se aproxima de manera que cuan-
do Gaston se halle con el cuerpo inclina-
do, Diente se lanza sobre él, y le sujeta al
árbol.*)

GAST. Menos hondo lo creía.
pues no basta con mi brazo.

(*Diente se lanza sobre Gaston.*)

GAST. ¿Qué haces?

DIEN. Se ha cumplido el plazo.

- GAST. ¿Qué dice?..
DIEN. Tu vida es mía.
GAST. ¡Rayos!
DIEN. No busques el hierro.
GAST. ¡Maldicion!..
(Luchando por desasirse de los brazos de Diente.)
DIEN. ¡Aqui, lebreles!
Pronto, con esos cordeles
amarradle como á un perro.
(Acuden precipitadamente cuatro soldados que sujetan fuertemente á Gaston al tronco de la encina. A una seña de Diente, desaparecen por el fondo. Desde este momento empieza á amanecer.)
GAST. ¡Cien rayos! ¡Maldicion! ¡Oh Dios, no puedo!
DIEN. No os fatiguis, señor, son las correas tan fuertes, que á mi ver lograrás solo rasgar tus carnes y agotar las fuerzas.
GAST. Suéltame, ó vive Dios...
DIEN. Pobre amo mio,
perdona si me siento en tu presencia.
GAST. ¿Pero quién eres tú que tan horrible lazo me preparó?
DIEN. Pronto te quejas.
GAST. Yo no te vi jamás, dime quién eres y márame despues. Hiere... ¿qué esperas?
DIEN. Flaco sois de memoria.
GAST. Acaba, acaba.
DIEN. ¿Poderoso señor, calma, paciencia, nada os dice este valle?
GAST. Es imposible,
no puede ser... no es él.
DIEN. Ya no recuerda
el noble caballero estos lugares,
esa encina, esa choza.
GAST. ¡Oh que sospecha!
¡Diente! ¡Diente!!
DIEN. Por fin ya la memoria,
noble señor, á recobrar empezas.
Pero el asombro en tus miradas veo.
GAST. No puede ser, no, no, su faz no es esa.

- Yo le recuerdo bien, Diente tenia
largo el cabello y las mejillas tersas.
Y tú mas que de humana criatura,
tienes de horrible monstruo la cabeza.
- DIEN. Pues vé lo que es el mundo, yo soy Diente.
El Diente antiguo, con la cara nueva.
- GAST. Esto es incomprendible.
- DIEN. Escucha ahora
á donde el oído que me inspiras, llega.
Cuando libre me vi, busqué en mi mente
una venganza sin igual, sangrienta;
y al encontrarla al fin, vi que mi rostro
para llevarla á cabo, estorbo era.
A un judío busqué, le di una dobla
diciéndole. «Rabino, me interesa
desfigurar mi rostro, de tal modo,
que ni yo mismo conocerme pueda.»
«¿Sabes, cristiano, lo que pides?» dijo.
«Lo sé, le respondí, nada me arredra »
Entonces preparando una redoma
de frágil vidrio, me cubrió con cera
los ojos, y despues sobre mi rostro
estrelló en mil pedazos la botella.
El dolor fue cruel ¡atroz instante!
sentí por mis mejillas cien culebras!
de fuego deslizarse, y poco á poco
se dilató atrozmente mi cabeza.
Pasados ocho dias vi mi cara,
y yo mismo dudé si Diente era.
- GAST. Basta, basta.
- DIEN. ¡Já! ¡já! ¡Pobre amo mio!
- GAST. No te rias así.
- DIEN. ¿Te asusto? ¿Tiemblas?
- Mas no temas, yo aquí... siempre á tu lado
velaré tu agonía.
- GAST. Cesa, cesa.
- DIEN. (Cambio de tono.)
Pues como iba diciendo, á doña Aurora
te robé de la torre, y en vez de ella,
cuando ciego de amor allí acudiste,
hallaste á tu mujer.
- GAST. ¿Entonces era

inocente Motilla?

DIEN. Pues es claro.

GAST. ¡Trama infernal!

DIEN. *(Como no oyéndolo.)*

Logré que las sospechas
recayeran sobre él, y mientras libre
respiraba la hermosa prisionera,
el traidor Blas Motilla, el asesino,
por robador de damas, su existencia
entregó en el tormento.

GAST. Mas su carta...

DIEN. Un cobarde al mirar la muerte cerca
por conservar la vida firma y calla.
La vida le ofrecí, firmó por ella.

GAST. ¡Y yo no sospeché!...

DIEN. ¡Lástima ha sido!
mas ¿quién de un simple como yo recela?

Luego, encerrastes á tu noble esposa,
con la santa intencion que pereciera
en una torre, pero yo me dije:

«Tú sabes el resorte de la puerta,
sálvala, pues, ¡qué diablos! algun dia
forzoso es que Gaston te lo agradezca.»

GAST. Mátame de una vez.

DIEN. Pobre amo mio,
matarte es poco.

GAST. ¡Poco!

DIEN. Espera, espera,
supe tambien que ciertos pergaminos
que acreditaban tu sin par nobleza
traia un corredor, mandé á mi gente
y en mi poder cayeron. ¿Por qué cierras
los ojos, amo mio? ¿Por ventura
tienes miedo!

GAST. ¡Oh, furor! Si yo pudiera
desatarme de aqui.

DIEN. *(Con calma.)* Por vez segunda
te volveria á atar.

GAST. Pues haz la prueba;
desátame.

DIEN. Despues que concluyamos.

GAST. ¡Miserable!

DIEN. Yo sé que nada anhelas
tanto, como adquirir los pergaminos
que te dan mas honor que el que deseas.
Vedlos, el fuego los consume.

GAST. Tente.

(Diente quema con mucha calma unos pergaminos á la luz de la linterna. Recoge la ceniza que habrá caído sobre una piedra, y la va esparciendo poco á poco en la frente de Gaston, el cual hace un esfuerzo sobrenatural para desatarse.)

DIEN. Villano fuisteis y villano quedas.
Sobre tu frente la ceniza arrojó,
el viento ya tu ejecutoria lleva.

GAST. Hombre sin corazon, aparta, aparta,
jaire! jaire! Me ahogo.

DIEN. Me da pena
oír tu débil voz... calla, tu frente
bañada está en sudor, y la torpeza
de no enjugarla comelí, perdona.
(Diente le enjuga cariñosamente el sudor del rostro, luego le pone la mano sobre el corazon.)

GAST. Asesino... traidor...

DIEN. ¿Por qué te quejas?
Vamos, vamos, cachaza... ¿mas qué esto?
(Diente le pone la mano en el corazon.)

¿Por qué tu noble corazon se altera?
Valiente corazon, corazon mio,
está Diente á tu lado, nada temas.

GAST. ¡Asesino!

DIEN. Si lates de ese modo
responde, corazon, ¿qué te reservas
para mañana, cuando el hambre, el frio
á visitarte sonriendo vengan;
cuando voraz el perezoso cuervo,
anhelando el festin que le presentas,
cual rayo de los cielos desprendido,
ágite sobre tí sus alas negras?

GAST. Solo un cobarde como tú, un verdugo,
traicion tan baja y miserable urdiera.
¿Y eres tú ese valiente?... ¡Tú!... Mentira.

Rompe estas ligaduras, y la tierra
morderás á mis pies: mas tienes miedo.

DIEN. ¡Miedo!

GAST.

Villano al fin. Noble proeza
es insultar al que indefenso se halla,
hija del miedo que en tu faz se observa.

DIEN.

¡Miedo yo!.. basta ya, torpe asesino.
El villano, el cobarde el duelo acepta.
Ahi sujeto me tuviste un día
escarneciendo mis amargas quejas;
pero todo lo olvido, cuerpo á cuerpo
me vengaré de la pasada ofensa,
y el deber que le cumple á un caballero,
el villano al señor hará que aprenda.
Solos estamos, pero Dios nos mira,
la daga empuña y á luchar empieza.

*(Diente corta las ligaduras que sujetan á
Gaston, luego parte en dos trozos su espada
y se la presenta para que elija.)*

ESCENA VIII.

DICHOS, DIANA, AURORA, FERNANDO y HECTOR.

DIANA. ¡Deteneos! *(Saliendo precipitadamente.)*

GAST. ¡Diana!...

DIANA. Ese hombre es mio.

DIEN. ¡Oh!... *(Colocándose delante de Gaston.)*

GAST. ¡Qué dice!...

DIANA. Reclamo tu promesa.
*(Diana coge del brazo bruscamente á Fer-
nando y le conduce junto á Diente.)*

DIANA. ¿Este es tu padre?

DIEN. Si.

DIANA. ¿Y no recuerdas
que un anciano soldado y un mancebo
salvaron de tu padre la existencia
dándote á un tiempo libertad y vida?
Este el soldado es, yo el jóven era.

DIEN. Maldicion, se me escapa de las manos.

DIANA. Y perjuro serás si ahora te niegas.
«Si un día nos hallamos, me dijiste,

- y hace la suerte que pagaros pueda,
juro que nada os negaré, mi vida
desde hoy nobles viajeros será vuestra.»
- DIEN. Es verdad.
(Fernando, que se habrá colocado junto á Diente, le dice al oído.)
- FERN. Es verdad.
- DIANA. Quiero á mi esposo. ¿
- DIEN. Eso nunca.
- DIANA. No olvides tu promesa.
- AUR. Perdónale por mí.
- FERN. Que Dios te mira.
Antes que tu odio, tu palabra sea.
- AUR. Sé generoso.
- DIANA. Tu palabra cumple.
- FERN. El que perdona, Juan, mejor se venga.
(Un momento de pausa. Durante la cual Fernando y Aurora procuran convencer á Diente, este lucha un momento, y arrojando lejos de sí la daga dice:)
- DIEN. Ya soy libre *(Dirigiéndose al foro.)*
Martin.
(Este con algunos soldados aparece entre las primeras rocas del fondo.)
Con tus soldados
acompaña á esta gente á la frontera.
- DIANA. *(A Diente tendiéndole la mano.)*
Gracias. Vamos. *(A Hector.)*
- GAST. *(Que se habrá quedado confundido por un momento, se arroja á los pies de Diana, de manera que se forme en el teatro tres grupos, Diana, Hector y Gaston á la derecha; Diente, Aurora y Fernando á la izquierda, y al foro Martin con los soldados.)*
¡Perdon!..
- GAST. Diana,
Nunca.
Diana,
al pie de ese árbol, mi pasado queda.
- DIANA. ¡Oh! Dios mio.
- AUR. *(Acercándose.)* ¡Ceded!..
- GAST. ¡Perdon!..
- DIANA. *(Después de un momento de lucha.)* Levanta.

Gracias, noble español. Francia os espera.
DIEU. Partid, y si algun dia de mi España
hiere el honor infamadora lengua,
decidles que en Castilla, hasta el verdugo,
tiene en mas que su vida, su promesa.

FIN DEL DRAMA.

*Este drama está aprobado por la censura vi-
gente en 13 de setiembre de 1857.*

Este libro está aprobado por la censura y
dado en 19 de setiembre de 1857.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
 Angela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 Al cabo de los años mil...
 Alarcon.
 A caza de herencias.
 A caza de cuervos.
 Amante, rival y paje.
 Amor, poder y pelucas.
 Al llegar á Madrid.
 Amar por señas.
 Alumbra á tu victima.
 Amor de antesala.
 A publico agravio pública venganza.
 Antes que te cases...
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heróico*.
 Bodas de un criminal.
 Batalla de reinas.
 Con razon y sin razon.
 Cañizares y Guevara.
 Cómo se rompen palabras.
 Cosas suyas.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Cada cual ama á su modo.
 Cocinero y Capitan.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres politicas.
 Calamidades.
 Contrastes.
 Castor y Polux.
 Catilina.
 Cárlos IX y los Hugonotes.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 De audaces es la fortuna.
 Dos sobrinos contra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Delirium tremens.
 Disfraces, sustos y enredos.
 Dimas el titiritero
 Dos artistas.
 El anillo del Rey.
 El amor y la moda.
 El chal de cachemira.

El caballero Feudal.
 El cadete.
 Espinas de una flor.
 ¡Es un angel!
 El 5 de agosto.
 Entre bobos anda el juego
 El escondido y la tapada.
 En mangas de camisa.
 ¡Está loca!
 El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
 El pacto de sangre.
 El alma del Rey Garcia.
 El afan de tener novio.
 Esperanza.
 El Gran Duque.
 El Héroe de Bailen, *Loa y Coro-na Poética*.
 ¡En crisis!!!
 El Licenciado Vidriera.
 Echarse en brazos de Dios.
 El Suplicio de Tántalo.
 El Justicia de Aragon.
 El Veinticuatro de Febrero.
 El Caballero del milagro.
 El que no cae... resbala.
 El Monarca y el Judío.
 El pollo y la viuda.
 El beso de Judas.
 El rico y el pobre.
 El Niño perdido.
 El amor por la ventana.
 El juicio público.
 El todo por el todo.
 El sitio de Sebastopol.
 El querer y el rascar....
 El destino.
 El molino de la ermita.
 El corazon de un padre.
 El gitano.
 El padre del hijo de mi mujer.
 El perro ó yo.
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 En Aranjuez y en Madrid.
 El conde de Selmar.
 El filántropo.
 El collar de perlas.
 El ángel de la casa.
 El que las da las toma.
 El domine y el montero.
 El mejor amigo, un duro.

El árbol torcido.
 El camino de presidio.
 El amor y el interés.
 Faltas juveniles.
 Flor de un dia.
 Furor parlamentario.
 Fea y pobre.
 Gato por liebre.
 Grazelema.
 Hacer cuenta sin la huéspeda.
 Historia China.
 Honra por honra.
 Herencia de lágrimas.
 Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Médicis.
 Juan sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Juana de Arco.
 Judit.
 Jaime el Barbudo.
 Jorge el artesano.
 Juana de Nápoles.
 Juicios de Dios.
 Juan Diente.
 La escuela de los amigos.
 Los Amantes de Teruel.
 Los Amantes de Chinchón.
 Los Amores de la niña.
 Las Apariencias.
 La Banda de la Condesa.
 La Baltasara.
 La Creacion y el Diluvio.
 La Esposa de Sancho el Bravo.
 Las Flores de Don Juan.
 La Gloria del arte.
 Las Guerras civiles.
 La Gitanilla de Madrid.
 La escala del poder.
 La Hiel en copa de oro.
 Los empeños de un acaso.
 Las tres manías, ó cada loco con su tema.
 La Herencia de un poeta.
 Lecciones de Amor.
 Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
 Lo mejor de los dados...
 Lluven hijos.
 Los dos sargentos es pañoles ó la linda vivandera.
 La Madre de San Fernando.

La verdad en el Espejo.
 La boda de Quevedo.
 Las dos Reinas.
 La Providencia.
 Las Prohibiciones.
 La Campana vengadora.
 La libertad de Florencia.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La voz de las Provincias.
 La Archiduquesita.
 La Crisis.
 Los extremos.
 La hija del rey René.
 La bondad sin la experiencia.
 La escuela de los perdidos.
 La corte del Rey poeta.
 La resurrección de un hombre.
 Las Barricadas de Madrid.
 La Pasión de Jesús.
 La alegría de la casa.
 Las cuatro estaciones.
 Las mujeres de mármol.
 La flor del valle.
 La choza del almadréno.
 Los dedos huéspuedes.
 Los éxtasis.
 La posdata de una carta.
 La conquista de Toledo.
 La Hiel en copa de oro.
 La libertad de Florencia.
 La Vaquera de la Finojosa.
 La vida de Juan Soldado.
 La llave de oro.
 La pluma y la espada.

Los pobres de Madrid.
 La niña Iris.
 Libertinaje y pasión.
 Mal de ojo.
 Mi mamá.
 Misterios de Palacio.
 Martín Zurbano.
 Mariana Labarlu.
 Mi suegro y mi mujer.
 Marta la flamenco.
 Nobleza contra Nobleza.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se siente.
 No hay amigo para amigo.
 No es la Reina!!!
 Navegar á la ventura.
 No es oro todo lo que reluce.
 Oráculos de Tália.
 Olimpia.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Pescar á rio revuelto.
 Por la puerta del jardín.
 Por un reloj y un sombrero.
 Por ella y por él.
 Por una hija!...
 Rival y amigo.
 San Isidro (*Patron d Madrid*)
 Su imágen
 Simpatía y antipatía
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Tales padres, tales hijos.

Trabajar por cuenta ajena.
 Fraidor, infonceso y mártir.
 Todos unos.
 Un Amor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Una conversión en diez minutos.
 Un dómine como hay pocos.
 Una llave y un sombrero.
 Una lección de córte.
 Una mujer misteriosa.
 Una mentira inocente.
 Una noche en blanco.
 Un paje y un Caballero.
 Una falta.
 Última noche de Camoens.
 Una historia del día.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un sí y un no.
 Un huésped del otro mundo.
 Una broma de Quevedo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética
 Una lagrima y un beso.
 Una Virgen de Murillo.
 Una aventura de Tirso.
 Una lección de mundo.
 Una noche en blanco.
 Una mujer de historia.
 Una ráfaga.
 Verdades amargas.
 Vivir y morir amando.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Amor y misterio.
 A última hora
 Alumbrá á este caballero.
 A Rusia por Valladolid.
 Angélica y Medoro.
 Catalina.
 Claveyina la Gitana.
 Cuarzo, pirita y alcohol.
 Carlos Broschi.
 Cupido y Marte.
 Cuando ahorcáron á Quevedo.
 Diez minutos de reinado.
 El Vizconde.
 El trompeta del Archiduque.
 El amor y el almuerzo.
 El Grumete.
 El calesero y la maja.
 El delirio.
 El Valle de Andorra.
 El Dominó Azul.
 El sueño de una noche de verano.
 Escenas en Chamberí.
 El ensayo de una ópera.
 Entre dos aguas.
 El esclavo.

El Hijo de familia, ó el lancero
 voluntario.
 El perro del hortelano
 El Sonámbulo.
 El diablo en el poder.
 El lancero.
 Guerra á muerte.
 Galanteos en Venecia.
 Gracias á Dios que está puesta
 la mesa.
 Gato por liebre.
 Juan Lanás.
 La litera del Oidor.
 La Espada de Bernardo.
 La Cotorra.
 La cola del diablo.
 Los dos Flamantes.
 La vergonzosa en Palacio.
 La Dama del Rey.
 La Cacería real.
 Los jardines del Buen Retiro.
 La hía de la Providencia.
 Los Comuneros.
 Los dos ciegos.

La Estrella de Madrid (*Su má-
 sica.*)
 Loco de amor y en la corte.
 Los diamantes de la Corona.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita.
 La flor de la serranía
 La Zarzuela.
 La corte de Mónaco.
 Los Madgyares.
 Moreto.
 Mis dos mugeres.
 Marina.
 Mateo y Matea.
 Pedro y Catalina, ó el Gran
 Maestro.
 Pablito. (Segunda parte de D. Si-
 mon.)
 Tres para una.
 Un sombrero de paja.
 Un día de reinado.
 Un sobrino.

La Dirección de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
 cuarto segundo de la izquierda.